

UNAMUNO, ORTEGA, AZAÑA, NEGRÍN*

EL INTELLECTUAL Y LA POLÍTICA EN ESPAÑA

(1898-1936)

Cuatro Conferencias por

JUAN MARICHAL

* Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1990, 109 pp.

ÍNDICE

PROLOGUILLO

UNAMUNO:

El intelectual como disidente

ORTEGA:

El intelectual como constructor

AZAÑA:

El intelectual como estadista

JUAN NEGRÍN:

El científico como gobernante

PROLOGUILLO

Las conferencias que leí el pasado mes de abril en la Residencia de Estudiantes han sido recogidas en el pequeño volumen actual sin apoyaturas adicionales. He evitado siempre (como fallas de redacción) las notas al pie, que distraen la atención del lector y que rompen el hilo de la exposición. He querido, además, mantener en el texto impreso, con fidelidad al lado, el clima emocional de atención cálida y expectante que mostró el alto y variado número de oyentes aquellas cuatro tardes de un abril que fueron, para mí, memorables. Que en el primer año (1987-1988) de jubilación voluntaria de mi cátedra de la Universidad de Harvard, fuera acogido tan amistosamente por un público madrileño tan acorde con la histórica sala de la Residencia, colmó de alegría y esperanzas mi ánimo. Y a todos los que me escucharon renuevo ahora mi gratitud: no me es posible nombrar a todos los amigos que en este Madrid que cotidianamente tanto ofrece al esparcimiento cultural acudieron a las cuatro conferencias. No puedo, sin embargo, dejar de nombrar a los ministros Jorge Semprún, José Barrionuevo y Enrique Múgica, que acudieron a la Residencia una o más veces, en días particularmente laboriosos. Mas la abundancia y calidad de los oyentes se debió fundamentalmente a la dedicación entusiasta y cuidadosa de José García Velasco, el director de la Residencia y de las tareas de extensión cultural del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (a cuyo Presidente, el doctor Emilio Muñoz, agradezco su patrocinio y palabras de presentación). A Alicia Gómez-Navarro, subdirectora de la Residencia, y a todos sus colaboradores les reitero mi agradecimiento por sus atenciones y especialmente por sus tareas publicitarias. En suma, las cuatro

conferencias aquí impresas fueron para su autor ocasiones excepcionalmente gratas, jubiloso comienzo en tierra española de una nueva fase de sus trabajos y sueños.

Aunque, en verdad, el tema central de estas conferencias ha ocupado a su autor desde sus días de alumno doctoral del maestro (como se suele decir en México) José Gaos. Con él y con mi maestro mexicano, tan polémico hoy como hace más de cuarenta años, Edmundo O'Gorman, empecé el estudio de la historia intelectual de lengua española, concebida con mucha mayor amplitud —y quizá más rigor— que la usual «historia de las ideas». Está de más decir que la historia intelectual hispánica tropieza, allá y aquí, con una notoria ausencia instrumental: la carencia de biografías individuales de los autores considerados. Baste un ejemplo: no hay todavía una verdadera biografía de don Miguel de Unamuno, no obstante la enormidad de su figura (la de Emilio Salcedo es un loable comienzo). Otra carencia más es la de las historias locales, tan abundantes, por ejemplo, en Francia. El maestro O'Gorman (así como el malogrado historiador español Ramón Iglesia) denostaba, casi en cada clase, a los malignos «positivistas» que habían acumulado datos y materiales diversos, pero que no habían pensado sobre el significado de lo que encontraban en archivos y otros depósitos documentales. Me permití discrepar, en una ocasión, observando que los mentados «positivistas» apenas existían en los países de lengua española, y que me temía que se desanimara así a los jóvenes que quisieran dedicar su tiempo investigador a la humilde, pero sólida, búsqueda «positivista». Esto es, las críticas de O'Gorman eran absolutamente válidas... en Francia e Inglaterra (sin olvidar la Alemania de fines del siglo XIX). Pero, en las provincias hispánicas de la civilización occidental no podía «saltarse» la etapa de la reconstrucción positivista.

Porque la historia intelectual (tal como es forzoso practicarla en los países de lengua española) «está más cerca de la sangre que de la tinta»

—como decía García Lorca de la poesía de Neruda— y no cabe apenas limitar sus lindes. O sea que la famosa definición de Ortega sobre el yo y la circunstancia es, verdaderamente, una formulación que resume los principios que rigen la historia intelectual hispánica. Pero no quisiera ahora hacer de este «prologuillo» una exposición teórica, ya que cada una de las conferencias muestran lo que intento hacer. No soy, además, filósofo, y sé, sobre todo, que lo que necesita con urgencia la historia de los pueblos de lengua ibérica son muchas vocaciones nuevas, dejando de lado, por supuesto, las ideologías que las motiven.

Sí he de referirme, sin embargo, al cuarto ensayo, el referente al Dr. Negrín (tan unido a la Residencia desde su regreso a España). Hace ya algunos años me fue otorgada la segunda «beca» de la Fundación Guggenheim de Nueva York para preparar una biografía del Dr. Negrín. Me puse a la tarea y visité México, donde recogí abundantes testimonios orales: y aprovecho esta oportunidad para agradecer públicamente a mi querido y antiguo amigo José Puche Planas su valiosa ayuda en aquellos meses de ha quince años. No voy a relatar cómo a medida que proseguía mi investigación veía claramente que ocuparse del Dr. Negrín llevaba forzosamente a entrar en algunos de los terrenos más polémicos de la guerra española de 1936-1939: y sentí que iba a reavivar cuestiones que motivarían divisiones particularmente entre los socialistas (es muy significativo que aún hoy el Dr. Negrín no aparezca en la iconografía oficial del PSOE). En suma, era casi imposible obtener ciertos testimonios de importancia que no estuvieran cargados de hostilidad o de admiración desmedidas. Además, el Dr. Negrín era un perfecto ejemplo del español ágrafo, y no podía contarse con documentos personales semejantes a los del Presidente Azaña. No he dejado de ocuparme del Dr. Negrín, pero no he escrito aún el libro que esperaba dedicarle. Creo, sin embargo, que la cuarta conferencia da una imagen del Dr. Negrín que no diferiría de la que ofrecería un estudio más extenso.

Y sólo me resta el repetir mi agradecimiento a las personas ya indicadas: ¡gracias, a todos, otra vez!

Juan Marichal

Madrid, otoño de 1989

UNAMUNO:
EL INTELECTUAL COMO DISIDENTE

Y yo renunciaría al engrandecimiento de mi patria y hasta a su hegemonía mundial si habría de lograrse a costa de mi personalidad y las de mis compatriotas» —escribía Unamuno en el semanario *España*, fundado y dirigido por Ortega en 1915. El artículo de don Miguel —«Sobre eso de la unanimidad» (2 de septiembre, 1915)— es uno de los noventa y siete que publicó en dicho semanario entre 1915 y 1924: recordemos que *España* (dirigida el primer año por Ortega y el último por Manuel Azaña) fue un semanario de gran calidad intelectual y de efectiva indoctrinación de sus numerosos lectores. Era, en suma, en 1915, la tribuna de la comunidad intelectual española y más específicamente de la generación de 1914, la de Ortega y Azaña. No olvidemos tampoco que don Miguel había dejado de ser Rector de Salamanca a finales de agosto de 1914, cese que él estimó como «un golpe de efecto contra los intelectuales» (según decía en carta a Ortega). Pero, sobre todo, fue sentida, tal arbitraria destitución, por don Miguel como un episodio que alteraba considerablemente su vida y la de su misma familia. Unamuno había sido nombrado en octubre de 1900 Rector de la Universidad de Salamanca por el primer Ministro de Instrucción Pública, Antonio García-Alix, el único liberal en un gobierno conservador: tenía entonces Unamuno 36 años recién cumplidos y ya se había señalado como una «cabeza valiente» (para emplear la expresión de Larra) y una pluma aún más valiente. Su nombramiento representaba en Salamanca el ocaso de un largo predominio del casi vitalicio Rector Esperabé y el comienzo de una nueva época, con una de las voces más representativas de la llamada generación del 98. Quizás algunos cínicos de aquellos años pensaron que la independencia espiritual del flamante Rector de Salamanca se iba a ver mermada por el ejercicio del poder

universitario y su ingreso simbólico en el «establecimiento» político español del novecientos. Mas sucedió, justamente, todo lo contrario: porque Unamuno utilizó el Rectorado como una plataforma que le permitía proyectar con mayor alcance y autoridad su voz disidente. Señalemos, de paso, que no hubiera sido posible en los demás países europeos que el Rector de una universidad estatal se permitiera mantener su libertad de acción como lo hizo Unamuno.

De ahí su dolor en 1914, al verse desposeído de la caja de resonancia (digamos así) que era el Rectorado para él por lo que Ortega llamó el escopetazo de Bergamín: mas también disminuyeron súbitamente sus emolumentos, y don Miguel se vio obligado a aumentar el número de sus colaboraciones en diarios y revistas. Aumentó también su actividad como conferenciante y participante en actos colectivos, especialmente en los de propaganda en favor de las naciones *aliadas*. Unamuno se convirtió así en la figura española más respetada por los lectores de muchos países, y en particular de Francia, Italia, Gran Bretaña y los Estados Unidos; y, por descontado, los de lenguas ibéricas veían en él a un guía espiritual y político. Don Miguel había publicado su más famoso libro, *Del sentimiento trágico de la vida*, en 1913, y en 1914 había sido destituido: los lectores foráneos vieron, generalmente, en tal suceso un gesto punitivo de la España tradicional contra el espíritu disidente que era Unamuno. Puede así decirse que desde el otoño de 1914 hasta su llegada a Francia como exiliado político voluntario en 1924, Unamuno fue crecientemente una voz crítica del «establecimiento» político español y de la misma Monarquía, sin excluir al Rey Alfonso XIII. El confinamiento en Fuerteventura y la expatriación en Francia dieron a su figura y voz una categoría histórica excepcional: por vez primera en la historia de España un *disidente* era la personalidad intelectual más respetada por la gran mayoría de sus compatriotas. Se convirtió así Unamuno en el paradigma internacional del intelectual expatriado que se constituye en representante auténtico de su

país y cultura. Mas don Miguel lanzó pronto sobre sus lectores transpirenaicos lo que Emmanuel Mounier llamó «un *brulote** de España» —*La agonía del cristianismo*— con el cual mostró su radical disidencia espiritual ante la sorpresa de sus admiradores de Francia y también de España misma. En 1930 regresó a su patria cruzando la frontera casi al mismo tiempo que lo hacía en sentido opuesto el ex-dictador objeto frecuente de sus mordaces escritos políticos. Y Unamuno fue recibido como nunca antes en la historia española había sido acogido por sus compatriotas un exiliado político: y como se preveía ya un cambio de régimen en España fueron muchos los admiradores de Unamuno que esperaban su elección como primer Presidente de la Segunda República. Mas cuando ésta se proclamó el 14 de abril —acto que en Salamanca realizó el mismo Unamuno desde el balcón del Ayuntamiento— sus palabras, en discursos y ensayos, empezaron a inquietar a un número significativo de sus compatriotas republicanos y, particularmente, a los socialistas. No volvió a ocupar un escaño en las Cortes desde 1933, aunque siguió comentando la vida política de la España republicana hasta la magna catástrofe de 1936. En los tres primeros meses de la contienda española, se identificó con los militares sublevados y para sus lectores (en España, y quizás más aún fuera de España) el gesto de Unamuno era punto menos que incomprensible. Mas tal gesto quedó definitivamente borrado por las palabras —casi un grito— de Unamuno el 12 de octubre de 1936 en Salamanca, al inaugurarse el curso académico. Palabras que dieron la vuelta al mundo y que hicieron nuevamente de Unamuno un símbolo universal de la valentía disidente. La muerte, que pronto le sorprendió en el confinamiento de su hogar salmantino, fijó definitivamente para la historia su figura de gran disidente.

*Bola de fuego.

No es esta la ocasión para considerar la que podríamos llamar «historia póstuma» de Unamuno, en España y en los países de su lengua. Para muchos españoles e hispanoamericanos don Miguel siguió siendo la figura mayor de su cultura en el siglo XX, por no decir de todos los tiempos, exceptuado el *otro* Miguel, Cervantes. Algunos destacados comentadores suyos —en las dos últimas décadas, aquí en España— han tendido, en cambio, a rebajar las dimensiones de su figura, acentuando todo lo que pueda haber de inconsistente (y hasta caprichoso) en la persona y obra de don Miguel. No es necesario mencionar, por supuesto, la condena por la Iglesia católica de algunos libros suyos, además del prolongado *ninguneo* de su nombre y figura durante muchos años por el régimen caudillista. Unamuno ha sobrevivido, sin embargo, a todos los esfuerzos por disminuirle o encasillarle: más los lectores de Unamuno no disponen todavía de una edición realmente completa de sus escritos. Añadamos que las incompletas existentes pecan además de lo que tantas ediciones similares de autores españoles adolecen: esto es, la falta de orden cronológico, de «orden genético», como solía decir el mismo don Miguel. En un autor como él esa carencia es sumamente grave porque —pese a las apariencias— Unamuno siguió siempre muy de cerca el curso variable y vivo de la historia contemporánea de toda Europa y las Américas. Es más, los ensayos de Unamuno son un espejo fiel de la historia intelectual y política de su España, aunque algunos admiradores suyos hayan querido considerarlos como prosa pasajera y anecdótica. Es, pues, necesario prestar atención cronológica (por así decir) a la biografía intelectual de Unamuno, para poder reconstruirla con fidelidad a la amplitud de su espíritu. En el artículo que antes citamos — «Sobre eso de la unanimidad» — escribía Unamuno, en forma de diálogo:

«Y en cuanto a eso de la unanimidad, me da lástima un pueblo unánime, así como me da lástima un hombre unánime. / ¡Un hombre unánime!

—exclamó. /Sí —dije— un hombre en quien estén de acuerdo las varias almas que cada uno de nosotros guarda en el arcón de su conciencia, un hombre sin luchas interiores, sin guerra civil íntima...».

De Quevedo se dijo en su tiempo que era «un varón de muchas almas»: ¿y no cabría también hablar de las «muchas almas» de Unamuno? Lo que impone al estudioso de su obra la obligación de resistir a todas las fáciles interpretaciones de su pensamiento y acción política. Me propongo así, ahora, ceñir mis consideraciones a una época de la vida de Unamuno para la cual se cuenta ya con suficientes textos que permiten observar muy de cerca la singularidad de don Miguel como *disidente*: me refiero a los años de su Rectorado salmantino, y más concretamente a los iniciales.

Decía Unamuno —utilizando el lema hipocrático («No hay enfermedades sino enfermos»)— que no había «opiniones sino opinantes». Evidentemente don Miguel hacía así su propia defensa frente a los eruditos que querían reducirle a sus fuentes ideológicas y literarias. Tal principio metodológico —la absoluta unicidad del *opinante*— es un instrumento indispensable para la historia intelectual. Un historiador francés, Charles Seignobos (1854-1942), defendía el carácter riguroso de su disciplina como ciencia que investiga lo que sólo ocurre una vez, «*se qui est arrive seulement une fois*». No vamos a entrar, ahora, por supuesto, en la magna cuestión, tan debatida en este siglo, de la naturaleza de la historia. Mas es hartamente patente en el caso de Unamuno que estamos ante una singularidad humana indudablemente única, de la cual se puede decir sin posible reparo que aconteció sólo una vez, «*qui est arrivée seulement une fois*». Don Francisco Giner de los Ríos dijo, en una ocasión a la que haremos más tarde referencia, que «de Unamunos no hay cosecha», acentuando así la marcada individualidad del Rector de Salamanca. Mas es manifiesto —no obstante lo afirmado por don Miguel— que los *opinantes* no podrían existir

como tales si no hubiera previamente opiniones que ellos hacen suyas, entera o parcialmente. La historia intelectual debe, por lo tanto, tomar como suyo el lema unamuniense —«No hay opiniones sino opinantes»— y añadirle su *complementario*, como diría Antonio Machado: «Hay opiniones para que haya opinantes». Lo cual se demuestra también en el caso de la biografía intelectual de don Miguel: porque ningún otro español de la primera década de su acción intelectual (1895-1905) podía equipararse en el grado de europeización alcanzado por él. De ahí que sea indispensable —para describir con cierta precisión su singularidad— situar a Unamuno en el clima intelectual y político europeo del llamado «fin de siglo».

En el artículo ya citado —«Sobre eso de la unanimidad»— Unamuno menciona un excepcional episodio de la historia francesa contemporánea en los siguientes términos:

«aquello del *affaire Dreyfus* fue grande, muy grande, noble, muy noble, de una parte y de otra... Esos son pueblos. Esas luchas son grandes...».

Y en otro artículo, también en *España* de 1916, reiteraba la mención positiva de dicho episodio: «aquella nobilísima guerra civil del *affaire Dreyfus*». Recordemos que desde 1894, pero sobre todo en 1898, Francia se dividió ideológicamente entre los defensores de la inocencia del capitán judío Dreyfus y los que mantenían la legitimidad de la condena por traición y espionaje impuesta por un tribunal militar. El novelista Zola empezó en 1898 una campaña de prensa en favor de Dreyfus, a la cual se sumaron miles de escritores, profesores universitarios, abogados, médicos, etc.... firmantes del llamado *Manifiesto de los intelectuales*. Fue así entonces en 1898 cuando el término «intelectual» entró en el vocabulario político de Francia y de casi todos los países de lenguas europeas. El mismo Unamuno lo había usado ocasionalmente antes, y probablemente

se había empleado también en Francia antes de 1898: pero la generalización de su uso como denominador común de una colectividad profesional, de un grupo de presión política y social, data exactamente de 1898. Es decir, el *affaire Dreyfus* marcó la entrada en la política francesa de los *intelectuales* como tales, iniciándose así una nueva época en la historia política e intelectual de la Europa occidental. Este impacto del que podemos llamar «98 francés», en España y especialmente en la generación de 1898, no se ha estudiado apenas: un caso más del provincianismo (por llamarlo de algún modo) que ha prevalecido —y desgraciadamente sigue prevaleciendo— en los trabajos españoles de historia nacional. No es, por tanto, ocioso volver a recordar unas palabras de Tocqueville adaptándolas a España: el historiador que no mire constantemente más allá del Pirineo no podrá entender, ni menos organizar, la historia española.

Para Unamuno el «asunto Dreyfus» mostraba además que un país vivo era un país ideológicamente dividido. Pues era manifiesto que tal conflicto había sido muy fecundo para la historia intelectual francesa. Unamuno dirá que Francia había sido «depurada y civilizada» por el *affaire Dreyfus*. Los intelectuales católicos, por ejemplo, cobraron mayor importancia y ciertos centros de estudios como el Institut Catholique de París se convirtieron en el equivalente de las universidades estatales por el rigor de sus profesores e investigadores. También conviene apuntar que la III República francesa se propuso culminar a finales del siglo XIX su extraordinario esfuerzo de educación pública gratuita, a todos los niveles, con la limitación de las funciones docentes de la Iglesia. Esa acción de los republicanos franceses generó una polarización semejante a la del *affaire Dreyfus*, ya que un número considerable de los católicos franceses habían sido contrarios al perdón del infortunado capitán judío. Señalemos también que los judíos franceses cobraron conciencia del papel histórico que habían desempeñado en la Europa occidental. Para Unamuno la Francia del novecientos era, por tanto, un país con una densa opinión

pública, mientras que España carecía de conciencia política colectiva. Unamuno no fue la única voz española en presentar a la Francia del «asunto Dreyfus» como paradigma intelectual y social para España: antes que don Miguel había mostrado la que ella llamaba su envidia de Francia doña Emilia Pardo Bazán, en sus crónicas parisienses. Mas la novelista gallega no alcanza nunca el grado de exaltación de los conflictos ideológicos que es tan característico de Unamuno. «La batalla de nuestras dos Españas adormecidas o en tregua, ahora —¡loado sea Dios!— se reenciende», escribía don Miguel. O este otro texto, también del semanario *España*, en 1915:

«La guerra europea se ha traducido —¡y alabado sea Dios por ello!— aquí en España, en una guerra civil, o más bien en un despertamiento de nuestra guerra civil, que parecía estar durmiéndose, por desgracia».

Quizá no sea del todo ocioso puntualizar que cuando don Miguel escribía «guerra civil» se refería evidentemente a una confrontación ideológica similar a las apuntadas ya de Francia; en suma, «guerra civil» era sinónimo de «guerra civilizada». Aunque don Miguel no podía sospechar entonces que algunos españoles le harían culpable de haber fomentado el clima de polarización que llevaría a la catástrofe de 1936. Recuerdo así mi primera clase con el gran poeta Luis Cernuda, que (no obstante su admiración por la poesía de Unamuno) lo hizo objeto de una tajante inculpación como causante intelectual de la guerra civil *real* de 1936. Mi indignación ante la deformación del pensamiento y las palabras de Unamuno me impidió, entonces, encontrar atenuantes plausibles para la andanada verbal del gran poeta andaluz, que dejó a la figura de don Miguel por los suelos.

La *disidencia* de Unamuno era, en cierta medida, *importada*, ya que, según él, no había en España un linaje utilizable de disidentes. Aunque no

puede admitirse lo que un pensador francés actual, Bernard-Henri Lévy, ha escrito sobre el «nacimiento» de los intelectuales como grupo de acción política, que él considera una «invención» francesa de 1898. Porque la utilización del vocablo «intelectual» se encuentra en Unamuno antes de 1898; pero, sobre todo. Unamuno es un intelectual *opinante* nacido en la tierra de España más dividida en el siglo XIX, la tierra de las guerras carlistas y de los repetidos sitios de Bilbao, la tierra de las guerras del campo y la ciudad, de la tradición ancestral y la cultura moderna. La novela histórica *Paz en la guerra* fue precisamente el primer intento de Unamuno por dar un sentido fecundo a las divisiones del pueblo vasco. Y, frente a lo que lamentaba Luis Cernuda, podría decirse que, gracias a la prédica de Unamuno, el pueblo español —o al menos, los españoles más educados— adquirió crecientemente una conciencia política mucho más profunda que en cualquier otra época de su historia. Consideremos ahora el comienzo de la que podría llamarse «acción política» de Unamuno.

«Pocas cosas me han preocupado más que el lograr que haya en mi patria verdadera conciencia liberal democrática», decía don Miguel en una carta del 2 de abril de 1916 al Ministro de Instrucción Pública, el escritor Julio Burell. En efecto, la actividad pública de don Miguel en los casi catorce años de su primer Rectorado de Salamanca, tendió a fomentar en España el espíritu crítico y las ideas fundamentales del liberalismo en su recto sentido. Que, por ejemplo, un muy astuto cacique político como el conde de Romanones fuera un poderoso «liberal» era para nuestro paradójico don Miguel el colmo de la paradoja semántica. Aunque tampoco quería Unamuno renunciar a utilizar los caminos oficiales para la tarea civilizadora que se había asignado a sí mismo. No olvidemos, por ejemplo, que el conde de Romanones encabezaba a los sectores del Partido Liberal que eran partidarios de limitar muy estrictamente las actividades de la Iglesia Católica y de incrementar las del Estado. En esto Romanones y sus seguidores actuaban como los llamados «radicales» en Francia y otros

países de la Europa latina, donde se había planteado el problema de la libertad de enseñanza y el de las funciones docentes del Estado. Recordemos que la Iglesia Católica había lanzado, en toda la Europa latina, una ofensiva ideológica por medio de las órdenes religiosas docentes para intentar recobrar su dominio espiritual sobre las clases sociales dominantes. En España esta ofensiva se manifiesta muy visiblemente en la fundación de muy importantes colegios jesuitas, entre otros los de Sarriá, Málaga, Puerto de Santa María y Chamartín. Se establecieron también dos universidades católicas, la de Deusto, jesuita, y la de El Escorial, agustina. Las consecuencias de la ofensiva católica se observan en el contraste educativo de Unamuno con Ortega y Azaña. Don Miguel estudió en uno de los Institutos de Segunda Enseñanza creados por los liberales en el siglo XIX, mientras Ortega y Azaña asistieron a las universidades privadas de Deusto y El Escorial respectivamente, además de haber hecho el bachillerato en colegios religiosos: Ortega en El Palo de Málaga. Conviene también recordar que a partir de 1898 llegaron a la Península numerosos religiosos procedentes de las Filipinas, aumentando los contingentes eclesiásticos docentes. Esto inquietó a muchos políticos liberales y uno de ellos, Canalejas, pronunció a fines de 1900 en las Cortes un resonante discurso, que contenía la siguiente consigna política: «Hay que dar la batalla al clericalismo». Poco después, en el último año de la Regencia, la Reina Madre entregó el poder al Partido Liberal, siguiendo las reglas del turno canovista. El conde de Romanones fue nombrado Ministro de Instrucción Pública y empezó inmediatamente a presentar proyectos legislativos destinados a limitar la expansión de las asociaciones religiosas y a fortalecer la acción educativa del Estado. La respuesta católica fue casi inmediata, asumiendo formas y tonos variados. El P. Teodoro Rodríguez (uno de los profesores del tiempo de Azaña en El Escorial) acusa al conde de Romanones de ser muy poco liberal: «los decretos del señor conde son contrarios a las ideas del partido que hoy gobierna». En cambio, el obispo

de Salamanca —con quien Unamuno tuvo varias polémicas— acusa a Romanones de importar ideas extrañas a la tradición española. Para estos representantes del catolicismo militante la nueva ley propuesta por el conde era un gesto anacrónico y extranjerizante: señalemos de paso que aquellos católicos españoles estaban imitando a los franceses del Partido Liberal Popular, cuya finalidad era emplear los principios liberales en la defensa táctica de la Iglesia y de las asociaciones religiosas (y digamos entre paréntesis que fue la primera vez que un partido europeo de signo conservador utilizó tácticamente el calificativo de «Popular», ejemplo que ha tenido en España recientes utilizaciones). Mas no sólo los católicos discrepaban de Romanones: algunos senadores republicanos estrechamente vinculados a la Institución Libre de Enseñanza —por ejemplo don Gumersindo de Azcárate— mostraron grandes reservas ante las propuestas de Romanones, señalándole que tenían una diferente concepción de las funciones docentes del Estado. Veamos ahora cómo Unamuno discrepa, a su vez, de sus amigos institucionistas y refuerza los proyectos de Romanones, a quien no tenía personalmente ninguna simpatía.

Quizás sea un discurso del 24 de abril de 1902 en Valencia su primera acción en la campaña en pro de las nuevas leyes liberales para la reglamentación de la docencia. Recordemos que la capital levantina era el baluarte republicano de la España del novecientos. La truculencia de los republicanos valencianos era tal, que poquísimos ministros de la Corona, incluso los liberales, se arriesgaban a afrontarla. Esto bastaba, por supuesto, para que don Miguel tomara al toro valenciano por los cuernos y le reprochara su temperamento demagógico. También sabía Unamuno que entre sus oyentes habría admiradores de los republicanos institucionistas antes mencionados: y así no dejaría tampoco pasar la ocasión de declarar que no podía comprender cómo los republicanos krausistas se sumaban a las fuerzas opuestas a las reformas liberales. Porque para don Miguel las

cosas no podían estar más claras: «Observad quiénes son los que más piden esa llamada libertad de enseñanza y veréis que son los enemigos de la actual cultura europea». Pasando a la ofensiva afirma rotundamente Unamuno que en España «liberalismo» y «estatismo» son sinónimos. Porque el Estado es la única garantía de la defensa de los derechos individuales y, más aún, es la vía más apropiada para la expansión de la cultura europea moderna. El obispo de Salamanca antes aludido había hablado de la importación de ideas dañinas por extrañas: don Miguel le contesta en Valencia (sin nombrarlo) proclamando que es necesario romper las que él llamaba «aduanas espirituales» para imponer en España «la moderna cultura europea, la cultura liberal, género de importación en gran parte». Unamuno sabía que los liberales españoles no podían recurrir a un legado ideológico estrictamente peninsular. Era patente que el contenido doctrinal del Partido Liberal apenas existía. «Querían, además, los liberales —escribía en 1909— más el poder que la doctrina». Había en España —decía don Miguel en Bilbao, también en 1909— dos clases de liberales, los que llamaba «liberales de burla» y los genuinos, como él mismo y los liberales anónimos españoles de todo el país. Entre 1903 y 1906, Unamuno recorrió precisamente toda la España liberal, dando conferencias —o «sermones laicos», como él decía— en apoyo de las nuevas leyes de Instrucción Pública. Algunos amigos le suplican que no se disperse así, pero Unamuno les contesta que sus «hermanos en lengua y patria» necesitan, más que sus «paradojas» literarias, lo que él llama «el pan de la cultura europea». Por eso estima don Miguel que el intelectual español debiera dedicar gran parte de su tiempo y de su talento a una «labor de abnegación, de humildad, de sencillez, de verdadero sacrificio». Aunque, por supuesto, no dejaba don Miguel de trabajar en su gran libro, el que sería *Del sentimiento trágico de la vida*. Así escribía a don Luis de Zulueta, en diciembre de 1905: «Interrumpí mi *Tratado*, si no estuviera en él no tendría valor para lo otro». Quisiéranlo o no los amigos que trataban

de disuadirle de limitar sus correrías por los ateneos provincianos, *lo otro*, como decía en la carta citada, se le impuso como una tarea urgente, inaplazable, al tomar el poder en enero de 1907 don Antonio Maura, el jefe del Partido Conservador. Unamuno siente que se está quedando solo en su campaña liberal, y arrecian sus esfuerzos en los dos años del llamado «gobierno largo» de Maura. A finales de 1907 escribía a Zulueta:

«A este desdichado Maura no le interesan los problemas culturales. Su concepción del Estado es la católica, la vulgar liberal o manchesteriana. Todos coinciden. Y así nos quedamos solos los poquísimos —¿llegaremos a media docena en España?— que queremos un Estado vivo, órgano cultural y religioso que imponga el cristianismo civil.»

Unamuno ve, pues, a Maura como un representante de toda la España *oficial*, ya que los liberales que él llama *vulgares* no dejan de ser *manchesterianos*, esto es, meramente defensores de la libertad mercantil e industrial, sin más. Y don Miguel se esfuerza por precisar lo que él considera es la función del Estado en dos de sus conferencias más resonantes: una en Bilbao, en la Sociedad liberal *El Sitio* y otra en Valladolid. La de Bilbao —«La conciencia liberal y española de Bilbao»— es uno de los textos más completos de la teoría liberal de don Miguel. No podemos detenernos a considerarla en detalle, mas es indispensable citarla parcialmente para poder ver en qué consiste el *liberalismo restaurado* de Unamuno, o más precisamente su «liberalismo disidente». Así decía Unamuno:

«El Estado debe ser un órgano de cultura, sobre todo, frente a la Iglesia. La lucha por la cultura, el *Kulturkampf* se impone».

Unamuno alude a la política anti-eclesiástica en Alemania, representada particularmente por el famoso Canciller Bismarck. Añadiendo:

«El Estado es hoy, en España, tal vez lo mejor que tenemos, lo más europeo».

Afirmación que explica así: «Porque el Estado es la conciencia internacional de España, es lo que ésta es ante los demás pueblos». Unamuno, por supuesto, tenía la propia experiencia de su cargo universitario y lo que él significaba como «espejo de España»: notemos, de paso, que entonces, en 1909, era todavía Rector de Salamanca. ¿No es sorprendente que el católico y conservador Maura se abstuviera de limitar la libertad de acción de Unamuno? Esto explica que don Miguel dijera más tarde que pocos países europeos tenían el grado de libertad de expresión de España.

Conviene señalar ahora que el liberalismo estatista de Unamuno era, desde luego, un concepto importado: recordemos que en el pensamiento liberal inglés se había producido un importante cambio acerca de las funciones del Estado. Su tesis principal —que ha sido fundamental para los demócratas norteamericanos desde Wilson y Roosevelt— es la siguiente: la plena libertad personal sólo es posible mediante la protección activa del Estado. Los liberales ingleses mostraron que la oposición tradicional en el liberalismo entre el individuo y el Estado, sólo servía en la sociedad industrial para perpetuar las injusticias sociales. De ahí que los liberales ingleses tendieran a acercarse a los socialistas, y que algunos de ellos —casi todos intelectuales— formaran la llamada Sociedad Fabiana, en vez de adherirse al Partido de los Trabajadores (*Labour Party*). Y cuando Unamuno dice en 1909: «El liberalismo es socialista», está resumiendo, en cierta medida, la posición de los fabianos (uno de ellos, George Bernard Shaw). El liberalismo «teológico» de Unamuno no podía proceder, sin

embargo, de los ingleses: ya que en Inglaterra (quizás el país más admirado por don Miguel) la cuestión religiosa estaba resuelta. Su identificación de «liberalismo» y «cristianismo civil» procedía, en cambio, de otro país muy admirado también por Unamuno: Suiza.

Don Miguel la visitó hace ahora un siglo, en 1889, y siempre la recordaba con emoción: «la recuerdo, aquella Suiza, la patria de Rousseau, Pestalozzi, Amiel, Vinet, Sismondi, es un país fuerte». Lo que de esa Suiza tuvo mayores efectos en el pensamiento político de Unamuno fue muy probablemente la obra y acción de Alexandre Vinet (1797-1847), el teólogo protestante. Vinet estimaba que la libertad religiosa era indispensable para la formación de la individualidad humana, puesto que ésta requería el ejercicio de la voluntad. Así la Iglesia no necesita del Estado, porque si la creencia es impuesta mecánicamente, las almas de los fieles no llegarían nunca a realizar sus respectivas esencias personales. Del mismo modo el Estado no necesita de la Iglesia, porque tiene su esfera propia que es la realización de la justicia. En resumen, el Estado liberal tiene como principio fundamental la libertad de conciencia. Mencionemos, muy de paso, que Vinet era protestante y que luchó por la separación de la Iglesia y el Estado, en una Suiza donde hasta entonces dominaban los más dogmáticos protestantes. (Que yo sepa no se ha estudiado la relación de Unamuno con Vinet: otro ejemplo de cuán beneficioso sería para la historia intelectual española el contar con estudios individuales de las figuras espirituales transpirenaicas que tanto han significado en un pensador como Unamuno).

El año 1909 fue el de mayor intensidad de la campaña liberal de Unamuno, pero también fue el de su rompimiento con los intelectuales de la generación ascendente, la de Ortega. Ya vimos antes cómo Unamuno lamentaba que no hubiera habido en España un suceso equivalente al *affaire Dreyfus* de Francia. Y de pronto lo hubo, tras la Semana Trágica de Barcelona en el verano de 1909: o más específicamente tras el juicio y

condena del pensador anarquista Francisco Ferrer. Esto es, en el otoño de 1909 se movilizaron los *intelectuales*, jóvenes y mayores, para impedir la ejecución de Ferrer. Fuera de España se organizaron protestas numerosas, e incluso acciones violentas contra las representaciones diplomáticas españolas. España era presentada, de nuevo, como el país del oscurantismo, donde no existía libertad de pensar y menos aún de expresar lo pensado. Esto originó que *Azorín* —el *Azorín* que colaboraba ya en *ABC*— aludiera a los escritores transpirenaicos defensores de la inocencia de Ferrer, llamándoles «papanatas». Lo que Unamuno comentó favorablemente en una carta privada a *Azorín* que éste hizo publicar en *ABC*, lo cual a su vez hizo que Ortega (junto con Américo Castro) escribiera el resonante artículo «Unamuno y Europa, fábula», que marcaba el comienzo de su hegemonía intelectual y un cierto descrédito de Unamuno. No se suele tener presente al considerar ese episodio que se trataba entonces —para Ortega y Américo Castro, entre otros— de unirse para intentar conseguir el indulto de Ferrer, y más aún, su liberación. Recordemos también que Unamuno se había negado sistemáticamente a firmar los numerosos manifiestos de protesta en España y fuera de España. No sería exagerado así mantener que jóvenes intelectuales como Ortega y Américo Castro se sintieron indignados por la actitud de Unamuno —aunque comprendían, por supuesto, la del «converso» conservador *Azorín*. La actitud del «campeador Unamuno» (como le había llamado Ortega) les resultaba enteramente enigmática o extrañamente irresponsable. Mas en aquellos trágicos meses de la historia española —cuando (como recordaba Ortega) «un monte de odio» había dividido a muchos miles de españoles— Unamuno fue un disidente una vez más: esto es, más precisamente fue un disidente dentro del ámbito de la protesta, de la disidencia. Diez años más tarde, en 1919, trató de explicarse a sí mismo sin lograrlo cómo se había negado a unir su voz y firma a las de los que intentaron salvar a Ferrer: «[todo aquello] me llevó a

pasar por alto la enormidad de un fallo que, sin suficientes pruebas, hizo un mártir de quien sólo era un fanático sin ciencia». Y señalemos brevemente que Unamuno también atenuó su estatismo a ultranza en materias educativas. El ver cómo los más destacados intelectuales alemanes hacían declaraciones nacionalistas serviles le mostró «los estragos que hace la intervención del Estado en la formación de las conciencias». Adoptó, por lo tanto, una posición más cercana a la de la Institución Libre de Enseñanza de la que había tenido a comienzos del siglo.

«De Unamunos no hay cosecha», había escrito Francisco Giner de los Ríos a su hermano Hermenegildo, diputado por Barcelona, para rogarle que fuera benevolente con don Miguel en su intervención en las Cortes contra la política educativa de Romanones. Es verosímil, sin embargo, que de haber conocido Unamuno las elogiosas palabras de Giner sobre él habría observado que lo que él pretendía es que no *hubiera cosecha* de ningún ser humano, de ningún español. Esto es, lo que Unamuno buscaba con su disidencia inquietadora era hacer que los seres humanos se individualizaran, que cada cual fuese un alma única. Por eso nota con horror que una comunidad humana sea «un montón de almas anónimas», en vez de ser un conjunto de yos de personas individuales. Unamuno citaba con frecuencia al gran escritor (y Presidente) argentino Sarmiento, en particular su referencia al dictador de Paraguay, el famoso doctor Francia, «que se murió cansado de reinar sobre un pueblo dormido». Y yo me aventuro a proponer que Unamuno temía que Dios también muriera cansado de reinar sobre una humanidad dormida. Por eso para Unamuno la disidencia que agita a los espíritus, que les pide ser ellos mismos, es una forma de mantener vivo a Dios. «Sólo haciendo historia se salva el alma», escribía don Miguel en 1917: ¿y no podríamos decir que el alma de Unamuno se ha salvado para la historia porque él hizo la historia de su España? En 1917, en la Casa del Pueblo de Eibar, dio una conferencia

sobre la finalidad principal de la biblioteca que él allí inauguraba: «recordar a los hombres buenos que han pasado por el mundo prodigando sus sueños». Ahí está lo que fue verdaderamente Unamuno: un hombre bueno pródigo de sus sueños.

ORTEGA:
EL INTELLECTUAL COMO CONSTRUCTOR

«España es el único país donde los intelectuales se ocupan de política inmediata», escribía Ortega en 1927, aludiendo, por supuesto, a la intensa actividad política desplegada entonces por profesores universitarios y escritores opuestos a la dictadura del general Primo de Rivera. Pero, ante todo, la observación citada de Ortega se aplicaba a sí mismo. Porque sus artículos políticos —recogidos en los volúmenes décimo y undécimo de sus *Obras completas*— suman más de mil páginas. Si a estos escritos se añaden otros textos de carácter político (incorporados a los anteriores volúmenes de dicha edición) notamos que se aproximan al millón de palabras: o sea, una tercera parte de las *Obras completas*. Este simple dato estadístico es muy revelador: el catedrático de Metafísica de la Universidad de Madrid (1910-1936) escribió un conjunto de textos políticos equiparable en extensión al total de sus trabajos filosóficos o al de sus ensayos generales. Por otra parte, el profesor universitario Ortega trabajaba en su disciplina con un rigor intelectual desconocido hasta entonces en España. Fue así Ortega, en la Europa del cuarto de siglo que media entre las dos guerras mundiales, un paradigma de intelectual comprometido. La posguerra más reciente —las dos décadas 1945-1965— vio el despliegue aparatoso de los intelectuales franceses *engagés*, con Jean-Paul Sartre y Albert Camus a la cabeza, mas en la época de Ortega no se encuentra un equivalente suyo en Alemania, Inglaterra y la misma Francia. Ortega quizás hubiera dicho lo que él mismo observó a propósito de Cajal, cuando se exaltaba su figura tras la concesión del Premio Nobel en 1906: que en don Santiago se transparentaba, tristemente, la pobreza científica de España. Esto es, Ortega sentía, desde muy joven, que en los países que él llamaba *adelantados* el catedrático de Metafísica o de Fisiología podía dedicarse exclusivamente a su disciplina, mientras en los países atrasados

era menester para el profesor universitario ocuparse, parcialmente al menos, de asuntos políticos. Es manifiesto que esta función del intelectual caracteriza a las que hoy se llaman sociedades subdesarrolladas, en las cuales los escritores son frecuentemente los definidores de las nuevas naciones. Y, sin salir del ámbito hispánico, recordemos las figuras intelectuales de la América de lengua española, que contribuyeron decisivamente a la formulación de sus respectivas identidades nacionales. En suma, no es disminuir la magnitud de la figura de Ortega el apuntar que está —en cuanto *intelectual-político*— en una tradición a la vez general e hispánica de los pensadores que podemos llamar «constructores de una identidad nacional».

En su primer gran discurso público —el del 12 de marzo de 1910 en *El Sitio*, en Bilbao— mantenía Ortega que España no existía como nación y que el deber de los intelectuales era muy terminante: «Construyamos España». Mas el joven Ortega siente a veces que debe abstenerse de «política» (digamos así) y concentrarse en su quehacer propiamente intelectual. Así en una carta suya del 30 de diciembre de 1906, fechada en Marburgo (Alemania), escribía a don Miguel de Unamuno:

«Los vaivenes políticos de estos días me han puesto con terrible claridad ante los ojos la opinión de que España tiene que desaparecer como pueblo si ha de sobrevivir de alguna manera como cultura. La consecuencia de este convencimiento es que he decidido no volverme a ocupar de la vida actual de nuestro país. Con lo cual me coloco en la posibilidad de hacer labor universal.»

Añadiendo Ortega: «Y sólo habrá cultura española cuando algunos españoles hagan cultura universal». En la carta siguiente del *Epistolario completo Ortega-Unamuno*, la del 3 de enero de 1907, el joven Ortega reprende afectuosamente a don Miguel porque «se ha distraído en la

batalla y ha estado doce meses pinchando aquí y allá como un soldadico cualquiera, en lugar de *pensar* la batalla toda y de subirse al monte a poner en comunicación al pueblo ramplón con el absoluto de la cultura». No podemos detenernos ahora en las cartas primeras de Ortega a Unamuno, que requieren una consideración más extensa de lo que permite el reloj: baste apuntar que desde la primera —enero de 1904— se sitúa Ortega en terreno opuesto al de don Miguel, sin llegar todavía a ser lo que él mismo dirá, en 1914, en Bilbao, para dar mayor fuerza a sus palabras en defensa del destituido Rector de Salamanca: «soy enemigo extremo del señor Unamuno y él me devuelve con creces esta hostilidad intelectual». Y no sería aventurado proponer que Ortega, en el gran intento de «hacer patria», tuvo la ventaja de poder situarse frente a una figura de la talla espiritual de Unamuno, que le ofrece un anti-paradigma, si se puede decir así. Esto es, Ortega sabe con certeza, desde muy joven, que quiere *no-ser Unamuno*. El punto de partida de las meditaciones políticas de Ortega es el siguiente:

«...el pueblo español no existe políticamente, porque el número de intelectuales es tan escaso que no puede formar una masa bastante [grande] para que se le llame pueblo»

Estas palabras se hallan en una de las primeras revistas fundadas por Ortega, *Faro*, marzo 1908. Los intelectuales tienen, por lo tanto, una función muy clara: primero, han de esforzarse por hacerse lo que Ortega llama un «yo contemporáneo», por ser verdaderamente intelectuales europeos. Pero, además, los intelectuales tienen que educar a España, para que ésta exista realmente, para que sea una nación entera. Es decir, los intelectuales han de ser la fuerza anímica que dé nueva vida al cuerpo de la nación. «El alma es una guerra incesante contra la inercia», escribe Ortega lapidariamente. Añadiendo: «Lo que en el cuerpo podéis llamar

ánima, se llama en una sociedad cultura política» (*Faro*, 12 de abril, 1908). Para Ortega, por lo tanto, la *política*, tal como él la entiende en un país como España, es la labor de determinación que realizan los más cultos sobre los menos cultos de una nación. De ahí que la función central de la política activa sea la educación del pueblo. Sobre todo en un país como España en el cual «faltan por completo las ideas políticas». Carencia que se explica muy fácilmente, ya que es patente (según Ortega) que los *liberales* oficiales españoles no han elaborado un pensamiento político propiamente liberal. O puesto en otros términos, los liberales españoles no han sabido (o querido) ser liberales agresivos. No es del caso ahora determinar en qué medida la interpretación hecha por el joven Ortega de la historia ideológica del liberalismo español es enteramente justa. Lo que nos importa es ver con precisión las motivaciones de Ortega, esbozar en suma (como a él le gustaba) un Ortega «desde dentro». De todos modos conviene recordar que Ortega, por su padre y por su madre más aún, pertenecía a una de las que Galdós había llamado «familias parlamentarias», la de los Gasset. Se explica así que él viera más la cara conservadora que la reformadora del Partido Liberal oficial español. El hecho central de la historia ideológica de España era, finalmente, para Ortega, la ausencia de las izquierdas: y sus meditaciones políticas, entre 1907 y 1909 (durante el gobierno conservador de don Antonio Maura), van a centrarse en la elaboración de una teoría de un renovado liberalismo.

Recordemos que la familia de Ortega era la propietaria del gran periódico madrileño *El Imparcial* (cuyo director era el propio padre de Ortega, el notable escritor José Ortega Munilla): el joven Ortega disponía, pues, de una tribuna con gran resonancia en aquella España, sin olvidar que era también la fortaleza periodística del Partido Liberal oficial. El 5 de octubre de 1907 en *El Imparcial* comenzó Ortega a exponer su teoría renovadora del liberalismo, que implicaba una participación de los intelectuales:

«Yo invito a los *intelectuales* [observemos entre paréntesis que Ortega escribe la palabra *intelectuales* en cursiva, mostrándose así su novedad semántica] para que, superando un falso buen tono que les mantiene apartados de los problemas públicos, se conozcan obligados a renovar la emoción liberal y con ella el liberalismo».

No vamos ahora a conjeturar a quiénes se refiere Ortega, pero no sería injustificado el ver en sus palabras una alusión a los discípulos de Giner de los Ríos —puesto que don Francisco había predicado que era más urgente la formación interior individual que la participación en la política, que él veía como un peligro para muchos jóvenes españoles. Y Ortega añadía:

«Aunque yo crea que el liberalismo actual tiene que ser socialista, vengan vibraciones liberales en la melodía que gusten».

Finalmente, un ejemplo para los neo-liberales: «Bien merece ser seguido el ejemplo que don Miguel de Unamuno nos ofrece con su enfogado misticismo liberal». El programa de Ortega tiene, así, tres puntos: 1º la obligación política de los intelectuales, 2º la identificación del liberalismo con el socialismo, y 3º el paradigma de Unamuno. Veremos ahora cómo el joven Ortega realizará, entre 1908 y 1914, los dos primeros puntos de su programa pero abandonará el tercero (seguir el ejemplo de Unamuno) en el otoño de 1909, con motivo del «asunto Ferrer».

Un texto fundamental en la elaboración del nuevo liberalismo de Ortega es el artículo «La reforma liberal» en el primer número de la revista *Faro* (23 de febrero 1908) —señalemos de paso que casi todos los títulos inventados por Ortega para revistas y periódicos aluden a una luz que guía. Tomando como tema la acusación que el jurista archiconservador

Julius Stahl (1802-1861) hizo a los románticos liberales alemanes en su *Filosofía del Derecho* (1830-1837) —según Stahl el «liberalismo es el sistema de la Revolución»— Ortega pide justamente a los intelectuales españoles que hagan suyos los términos condenatorios de Stahl: «Y digo que el liberalismo de hoy, si no quiere seguir siendo un entremés para la historia, tiene que confesarse y declararse inequívocamente *sistema de revolución*». O más sucintamente: «Los partidos liberales son partidos fronterizos de la revolución o no son nada». Aunque, por supuesto, no predica Ortega cambios violentos al emplear el vocablo «revolución». Porque éste para él equivale simplemente a la «variación constitucional de un Estado». El concepto de «liberalismo», como se apuntó antes, tiene también una apariencia que podríamos llamar «radical» en el texto del joven Ortega: «no es posible hoy otro liberalismo que el liberalismo socialista». Recordemos que el maestro de Ortega en Marburgo Hermann Cohen era uno de los más destacados «socialistas de cátedra» (como se les llamaba en Alemania) de su tiempo. Tampoco olvidemos lo que apuntamos al considerar el pensamiento de Unamuno: los liberales ingleses —o más exactamente los profesores de Oxford Green y Hobhouse— habían renovado el concepto de liberalismo acentuando su componente solidario. Y, como en ellos, en Ortega el liberalismo no se identifica con ninguna clase social: el liberalismo es «aquel pensamiento político que antepone la realización del ideal moral a cuanto exija la utilidad de una porción humana, sea ésta una casta, una clase o una nación». Esta idea del liberalismo es patentemente ajena al Partido Liberal español. El joven Ortega —liberal por nacimiento y linaje— hubiera preferido asociarse al Partido Liberal, ya que «antes que ningún otro debía ser el de los llamados intelectuales» (*El Imparcial*, 13 de abril 1908). En verdad, observa Ortega, el Partido Socialista representa, mucho más que el Partido Liberal, «la continuidad del antiguo liberalismo». Tiene, sin embargo, un grave inconveniente: se define como un partido de clase. Se impone, por lo tanto, la creación de un

nuevo partido, que se llamaría el Partido Liberal Socialista. Y el joven Ortega ve entonces —septiembre de 1908— a Unamuno como una de las cabezas directoras del partido futuro «cuyo advenimiento» anhelaba. Así en *El Imparcial* dedicó dos artículos («Glosas a un discurso» y «Nuevas glosas») a la actividad política de Unamuno. Cree, como Unamuno, que los intelectuales deben acercarse al socialismo —«Mejores o peores seremos socialistas»—, pero estima que conviene separar el «socialismo incipiente» de los liberales del socialismo obrero. Sería peligroso incluso (para el Partido Socialista Obrero Español) la incorporación de «energías intelectuales».

Las cartas que escribió Ortega entonces, 1908, a don Miguel son quizás las más afectuosas de su epistolario. Por ejemplo, la del 17 de marzo:

«Tengo muchos proyectos con Ud.: creo que estamos en momentos precisos para resucitar el liberalismo y ya que los de oficio no lo hacen vamos a tener que echarnos nosotros ideólogos a la calle. Hay que formar el partido de la cultura. Dígame qué piensa».

En una carta posterior escribía Ortega: «en este momento leo lo que me envía. Un abrazo estrechísimo. Casi se me saltan las lágrimas. Así haremos España». Unamuno no aceptó, sin embargo, la propuesta de Ortega, aunque sí intensificó su campaña liberal con discursos en Bilbao y Valladolid que ya mencionamos aquí hace una semana. Ortega no se desanimó y continuó su propia actividad periodística política. Así aprovechó el octavo Congreso del PSOE, en Madrid, para exponer algunas de sus ideas sobre los socialistas y su papel en España. El PSOE tenía solamente seis mil afiliados, pero Ortega sentía que era una organización con un prometedor futuro. Asistió a algunas sesiones del Congreso y el 2 de septiembre de 1908 publicó un artículo. «El recato socialista», que

ofrecía su interpretación del socialismo español. Observa, en primer lugar, que en el PSOE no hay intelectuales. Esto le da, nota Ortega, un carácter excepcional dentro del socialismo europeo: recordemos de nuevo que en el partido socialista alemán abundaban los profesores universitarios. Así escribe Ortega:

«En España el socialismo ha prendido en las mentes de los obreros antes que en las de ningún profesor de economía y aún no se ha dado el caso de que se declare socialista algún pensador o literato de fuste».

Lo cual para Ortega tiene una evidente causa: el PSOE es indirectamente un fiel reflejo de la sociedad española. Es decir, la carencia aludida muestra patentemente que los intelectuales no han desempeñado el papel de educadores que han tenido en el resto de Europa. De ahí que Ortega *no* reproche a los socialistas su carencia de intelectuales. Es más, no da importancia alguna a una supuesta actitud de hostilidad a los intelectuales que la prensa madrileña atribuye a los socialistas durante los días del Congreso del PSOE. Ortega desplaza el objeto de su artículo para preguntarse: «¿Hay, por ventura, entre nosotros, gentes que merezcan plenamente el nombre de intelectuales y sean lo bastante numerosas para constituir un grupo definido de españoles?». Y refiriéndose a la ausencia de otros intelectuales en el Congreso socialista, añade Ortega: «nuestros intelectuales no son curiosos por lo visto, y por consiguiente, no son intelectuales». Concluye, en tono sarcástico, afirmando que los socialistas nada ganarían con tener en sus filas a unos *pretendidos* intelectuales. Por otra parte, lo importante, para Ortega, era comprobar en dicho Congreso que el PSOE estaba realizando la que podría llamarse «europeización obrera» de España. Recordemos que el país transpirenaico que representaba para Ortega la síntesis de Europa era Alemania: la de la ciencia y la filosofía, pero también la del socialismo. Porque los socialistas

alemanes habían incrementado considerablemente su fuerza electoral desde fines del siglo XIX: y el mismo Ortega se referirá más tarde a los tres millones de sufragios obtenidos por los socialistas alemanes como un signo de la nueva Europa del novecientos. Ser socialista era, pues, para el joven Ortega, una de las nuevas formas de ser *más europeo*. Ortega ve en la que él llama «continencia que ponen los socialistas españoles a su proselitismo» uno de sus mayores aciertos políticos. El «recato socialista» puede parecer una expresión de anti-intelectualismo, pero es, en sustancia, un factor europeizador de la política española.

El Partido Liberal Socialista no llegó a existir y durante algunos meses los intelectuales del pequeño grupo de Ortega apenas actúan o escriben. Pero el verano de 1909 trajo a España las tensiones conflictivas deseadas por doña Emilia Pardo Bazán y más aún por Unamuno, con un episodio equivalente en muchos aspectos al *affaire Dreyfus*: el que podría llamarse «asunto Ferrer», que produjo, dicho con palabras de Ortega, «un monte de odio entre dos mitades de España». Fue entonces cuando se congregaron, en manifiestos y asambleas, los intelectuales españoles: recordemos la ausencia, en ambos casos, de don Miguel de Unamuno. Recordemos también que sus palabras insultantes para los escritores de otros países, que sumaban sus voces y firmas a las de los intelectuales españoles, motivaron el resonante artículo de Ortega «Unamuno y Europa, fábula», que en verdad marcó el rompimiento efectivo entre los dos grandes españoles. Y que fue además el comienzo ya firme de la autoridad intelectual y política de Ortega sobre su propia generación. Autoridad que fue también ganada por Ortega con su conferencia en el Ateneo de Madrid el 15 de octubre de 1909, «Los problemas nacionales y la juventud». Dos días antes, el 13, había sido ejecutado Ferrer en Barcelona y en toda la Europa transpirenaica abundaban las protestas contra el gobierno español. El mismo día 13 había hablado el doctor Simarro en el Ateneo, atribuyendo a la falta de libertad de conciencia en España lo que él

llamaba «el desprecio de Europa». El día 15 se abren las Cortes —recordemos que el gobierno lo preside don Antonio Maura, pero se rumorea que no seguirá mucho en tal cargo. Ortega estima, sin embargo, que la sustitución de Maura por Moret, siguiendo las normas del turno canovista, no marcaría una modificación sustancial de la política española. «El partido que suba al poder, dice Ortega, será una sombra chinesca de este que ahora se va». Para él todos los partidos eran responsables de la ejecución de Ferrer y del anacronismo histórico que ésta significaba. E incluso el Partido Socialista quedaba, en cierto grado, dentro de esta culpabilidad colectiva: las órdenes de huelga general en pro de Ferrer no se habían podido o querido cumplir. Las esperanzas políticas de los jóvenes intelectuales españoles —recordemos que Ortega tiene entonces veintiséis años— habían de situarse, dando un aparente rodeo, más allá del Pirineo:

«Europa es ciencia antes que nada. ¡Amigos de mi tiempo, estudiad! Y luego a vuestra vuelta de Europa, encendamos el alma del pueblo con las palabras del idealismo que aquellos hombres de Europa nos hayan enseñado».

Ortega pide así a los jóvenes intelectuales que lo sean plenamente, adquiriendo preparación profesional en las mejores universidades transpirenaicas. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, establecida en 1907, facilitaba a los jóvenes españoles su estancia en dichas universidades e instituciones similares: Ortega había ya disfrutado de una beca de la Junta y volvería a tener su ayuda. En suma. Ortega se había transformado en la indiscutible cabeza directora de su generación. Y como tal fue invitado por la Casa del Pueblo de Madrid a pronunciar una conferencia el 2 de diciembre de 1909.

El 28 de noviembre de 1908 se había inaugurado la nueva Casa del Pueblo de Madrid: el PSOE y la UGT habían podido adquirir el antiguo

palacio de los duques de Béjar. En estos flamantes locales se iniciaron diversas actividades culturales. Las organizaciones socialistas y algunos de los sindicatos ugetistas invitaban a dar conferencias a figuras destacadas de aquellos días españoles. La conferencia de Ortega («La ciencia y la religión como problemas políticos») fue aprovechada por el orador para exponer su idea del socialismo como fuerza europeizadora de España:

«Para mí socialismo es cultura... El hombre es hombre en cuanto es capaz de cultura... tiene el socialismo en España esta tarea que cumplir: imponer la cultura, es decir, la seriedad científica, la justicia social. El partido socialista tiene que ser el partido europeizador de España.

Es probable que Ortega pensara entonces en desempeñar un futuro puesto de catedrático a la manera de su maestro de Marburgo, como sereno «socialista de cátedra». Mas la situación política española exigía una participación más concreta, mucho más comprometida que la del maestro alemán de Ortega. Y así toma parte en el mitin republicano anual que conmemoraba la Primera República, el 14 de febrero de 1910 en el Teatro Barbieri. Recordemos que el 21 de octubre el Rey Alfonso XIII había retirado su confianza a don Antonio Maura y entregado el poder al jefe del Partido Liberal, don Segismundo Moret. En la mañana de aquel día había aparecido en el diario de la familia de Ortega, *El Imparcial* un artículo con el siguiente título: «¿Pueden ser monárquicos los liberales?». Y cabe preguntarse si no había sido escrito por el propio Ortega dada la estrecha relación que tenía con su padre. Ortega Munilla. Conviene también precisar que el joven Ortega era admirador de Moret a quien el conde de Romanones quería sustituir como jefe del Partido Liberal. Cosa que no alcanzó inmediatamente, pero sí consiguió que los llamados «Comités Liberales» de Madrid se pronunciaran contra el gobierno: el Rey se vio obligado a cambiar el Presidente del Consejo sin cambiar el partido

gobernante. Don José Canalejas tomó el poder el 9 de febrero de 1910 y el conde de Romanones fue uno de sus ministros. Esto dio ocasión a *El Imparcial* para condenar las maniobras del astuto conde: pero sin alcanzar el tono de Ortega en el mitin mencionado. Para Ortega, el conde de Romanones era «la ardilla de este gobierno» y el representante más acabado de «la podre de la actual política, la podre del capitalismo». En el escenario del Teatro Barbieri estaba, en cambio, el español que para el joven Ortega encarnaba la que él llamaba «política nueva»: Pablo Iglesias, el presidente del PSOE.

Algo más tarde ese año, el 8 de mayo, Pablo Iglesias fue elegido diputado por Madrid con 40.899 votos, el número mayor de votos que recibiría en toda su vida parlamentaria: los socialistas obtenían así su primer escaño en las Cortes con la ayuda de los republicanos. Cinco días más tarde publicó Ortega un encendido elogio de Pablo Iglesias:

«Hay en España dos santos laicos. Pablo Iglesias es uno. Don Francisco Giner es otro: ambos los europeos máximos de España».

En esta primavera de triunfos romanonistas, el socialismo, según Ortega, representaba «la única esperanza». Los cuarenta mil votos recibidos por Pablo Iglesias confirmaban que el PSOE era ya una fuerza política de importancia electoral. Adelantando ahora la cronología de los textos de Ortega hagamos un breve inciso para citar un fragmento del diario personal que redactó a comienzos de la primera guerra mundial. La última parte de la entrada correspondiente al 5 de agosto de 1914 dice así:

«Al anochecer voy al paseo de Rosales. El sol se sume en el Guadarrama rodeado de una calma y un silencio magníficos: la línea cortada de la sierra se desarrolla sobre el horizonte, limpia, clara, de color violeta... Sobre ese fondo se me aparece la figura de Pablo Iglesias que camina solo... Dan los

reflejos de oro y sangre una patética reverberación a su noble cabeza de apóstol europeo...».

La sensibilidad de Ortega para el paisaje —tan importante en los ensayos de *El Espectador*— se funde aquí magistralmente con un sentimiento moral y con una ideología política: quizá no haya otro texto semejante en la obra de Ortega. «Pablo Iglesias, apóstol europeo», o sea, europeizante. Diríase incluso que al iniciarse la gran catástrofe europea de 1914-1918, España puede mirar con cierta confianza hacia el futuro porque existe una figura dirigente como la de Pablo Iglesias.

Tomemos de nuevo el hilo cronológico: el 23 de mayo de 1912 dio Ortega su segunda conferencia en la Casa del Pueblo madrileña, en el programa educativo llamado «Escuela Nueva», dirigido por don Manuel Núñez Arenas. La conferencia de Ortega fue la última de una serie dedicada a la historia del socialismo. El tema escogido —«Fernando Lassalle» (el fundador del primer partido socialista alemán, compañero y luego adversario de Carlos Marx— permitió a Ortega marcar su discrepancia respecto al internacionalismo que prevalecía en el PSOE: «Yo creo en el socialismo nacional de Lassalle». Posición que fue reiterada por Ortega en los dos artículos que dedicó en septiembre y octubre de 1912 al nuevo Congreso del PSOE: «Miscelánea socialista». Tras señalar que el partido va adquiriendo más escritores y catedráticos (uno de ellos, Besteiro), destaca cómo todavía «el intelectual que se acerca a medir hasta qué punto sería compatible su ideología con el socialismo militante» está aún ausente. El tono personal es evidente y Ortega pasa a reconvenir a los socialistas españoles por olvidarse de las realidades nacionales:

«El día que los socialistas españoles abandonaran las palabras abstractas y reconocieran que padecen no sólo como proletarios, sino como españoles, harían del partido socialista el partido más fuerte de España».

Añadía Ortega: «De paso harían España». Para Ortega era lamentable que los partidos socialistas de los que él llama «países delanteros» sirvieran de modelo, en cuanto a programas y tácticas políticas, a los partidos de los países menores (o subdesarrollados). Así los socialistas se comportan como si España fuera una nación moderna, pero *no* lo es. Y pierden por lo tanto la oportunidad de contribuir decisivamente a la modernización de España. El camino para esa modernización lo ofrece Ortega el primero de mayo de 1913, en *El Socialista*, el periódico madrileño que pocos días después se convertía en diario. Recordemos que *El Socialista* acostumbraba a pedir colaboraciones especiales, para el número del primero de mayo, a escritores y pensadores de muy variadas ideologías políticas. El título del artículo de Ortega condensa la tesis expuesta: «Socialismo y aristocracia». El socialismo, según Ortega, tiene una alta e innovadora misión histórica: «la producción de aristocracias verdaderas». Dejando de lado la simplificación histórica, algo ingenua, que ofrece Ortega a sus lectores, es patente en el artículo la admiración que sentía por la labor educativa de los socialistas.

La relación de Ortega con los socialistas tendió a «enfriarse» a mediados de 1913, y el motivo de su distanciamiento sería sus diferentes actitudes ante la Corona. Los socialistas se unieron a los republicanos en 1910, y continuaron durante algunos años manteniendo una posición tajantemente republicana. Mas en 1913 algunos destacados republicanos —como don Gumersindo de Azcárate— fueron invitados por el Rey Alfonso XIII a una conversación de orden político general, y posteriormente declararon que las formas del Estado eran lo que llamaban «accidentales», esto es, que no era imprescindible el restablecimiento de la República para lograr la modernización de España. Así el antes llamado «Partido Republicano Reformista» dejó caer el adjetivo «Republicano» para transformarse semánticamente en «Partido Reformista». Al cual acudieron numerosos jóvenes intelectuales de la generación de Ortega: incluidos él

mismo y, por ejemplo, Manuel Azaña. Recordemos que en noviembre de 1912 había sido asesinado don José Canalejas en la Puerta del Sol y el Partido Liberal se dividió en dos ramas, la de Romanones —que pasó a ser Primer Ministro— y la de Manuel García Prieto. A su vez los conservadores se desdoblaron en «mauristas» y seguidores de Eduardo Dato. Esta fragmentación de los dos partidos del pacto canovista hizo pensar a los jóvenes intelectuales del grupo de Ortega (y quizás al mismo monarca) que ellos podrían constituir una alternativa seria para el futuro cercano. De ahí que, en el otoño de 1913, Ortega, Manuel Azaña y algunos jóvenes más constituyeran la Liga de Educación Política, que creció rápidamente, llegando a celebrar su primer acto público el 23 de marzo de 1914 en el Teatro de la Comedia. No sería arbitrario decir que en aquella tarde madrileña cambió sustancialmente la historia de España. El discurso de Ortega, *Vieja y nueva política*, fue un llamamiento a su propia generación que expresaba a la vez el temple dinámico de sus coetáneos españoles:

«En historia, vivir *no* es dejarse vivir; en historia, vivir *es* ocuparse muy seriamente, muy conscientemente del vivir como si fuera un oficio. Por eso es menester que nuestra generación se preocupe con toda conciencia, premeditadamente, del porvenir nacional».

Ramón Gómez de la Serna contrastó, agudamente, sus propios recuerdos de dos discursos españoles, el de Unamuno, el 25 de febrero de 1906, en el Teatro de la Zarzuela y el de Ortega que acabamos de citar en el Teatro de la Comedia. Los jóvenes asistentes al de Unamuno salieron de la Zarzuela sintiendo que el orador les había defraudado, al decirles que no les ofrecía un programa. La expectativa en Madrid fue entonces más espontánea que la generada por el discurso de 1914 de Ortega. Recuérdese que se había producido la agresión de un grupo numeroso de militares contra la redacción de la revista *Cu-Cut* en Barcelona y que Unamuno

había escrito un artículo sobre el patriotismo que entusiasmó a muchos lectores por sus alusiones peyorativas al militarismo. Se pensaba incluso que Unamuno podía encabezar un nuevo partido u organización política análoga. Mas don Miguel concluyó su esperado discurso con las siguientes palabras: «Yo, que no soy hombre de partido, no he venido a traeros un programa, porque no he querido más que animar los espíritus». Es más que probable que Unamuno sintiera en 1906 (como le sucedió también más tarde) que él no podía «encasillarse» en una función política. Tampoco Ortega se ofrecía como dirigente político, al menos en su sentido convencional, pues lo que buscaba la Liga de Educación Política era, según Ortega, algo enteramente nuevo:

«La nueva política es menester que comience a diferenciarse de la vieja política en no ser para ella lo más importante, en ser para ella casi lo menos importante la captación del gobierno de España, y ser, en cambio, lo único importante el aumento y fomento de la vitalidad de España»

Y para conseguirlo era indispensable «aumentar la vida nacional en lo que es independiente del Estado». No podemos detenernos en un comentario adecuado de la oración (más que discurso) de Ortega en aquella tarde memorable de 1914, mas no debemos omitir la referencia a las formas de gobierno, ya que motivó una reacción muy adversa de los socialistas a lo que proponía Ortega. Brevemente decía Ortega:

«...nosotros empezamos a trabajar en la España que encontramos. Somos monárquicos, no tanto porque hagamos hincapié en serlo, sino porque España lo es. No vemos en la Restauración el fracaso de la Monarquía, sino también el de los republicanos.»

En resumen, como recordaba Gómez de la Serna, *Ramón*, los jóvenes intelectuales españoles abandonaron el Teatro de la Comedia aquel 23 de marzo con el sentimiento de que algo nuevo había empezado en España y que a ellos tocaba una parte de la empresa renovadora.

Una consecuencia de la fundación de la Liga fue el semanario *España*, que apareció en enero de 1915, dirigido por Ortega. No había habido en este país un semanario de ideas políticas equiparable a *España*: y mucho me temo que no lo haya habido tampoco después de 1924. La doctrina política que ofrece Ortega es netamente anti-estatista. Así, en el artículo editorial «La nación frente al Estado», declara Ortega que es patente el desprestigio irremediable de las instituciones estatales. Se imponía, por lo tanto, el evitar su uso, por peligroso para las personas que quisieran utilizarlas: «la política, es decir, el ejercicio de las instituciones actuales, es de sobra vicioso para viciar a los hombres mejores». Había que desdeñar completamente la política volviendo las espaldas «al Estado español como a un doméstico infiel». Se trataba de generar en los españoles confianza en sí mismos, y total desconfianza frente al Estado:

«Proclamad la supremacía del poder vital —trabajar, saber y gozar— sobre todo otro poder. Aprendamos a esperar todo de nosotros mismos y a temerlo todo del Estado».

España tiene un cercano paradigma: «Inglaterra, donde el Estado y sus instituciones son un adjetivo y nada más de la nación». El nuevo semanario *España* se proponía así contribuir eficazmente a lo que Ortega definía como «la organización de los españoles frente al Estado español». De ahí también que Ortega pidiera al Partido Reformista que era necesario marcar tajantemente su distancia respecto al Partido Liberal. Señalemos que Ortega y Manuel Azaña pertenecían entonces a la junta directiva del

Partido Reformista, presidido por Melquíades Álvarez. Tras una reunión de dicha junta el 20 de marzo de 1915, Azaña anotó en su diario personal:

«Ortega sostiene que la menor aproximación a Romanones nos desprestigia en la opinión pública y nos anula como fuerza política. No debemos aspirar a traer más diputados valiéndonos de medios tortuosos».

Se inició una especie de polémica entre Ortega y sus compañeros reformistas más propiamente políticos profesionales, concluyendo Ortega que éstos se habían falsificado a sí mismos en nombre de un supuesto realismo político. Cito: «por lo visto la capacidad de realismo se determina según la distancia a que se esté del conde de Romanones». Y precisamente el 9 de diciembre de 1915 fue nombrado Romanones jefe del gobierno que presidiría hasta el 20 de abril de 1917. Ortega veía, pues, a su país representado por el tipo de político que le parecía el compendio de todos los males substanciales del Estado español. Se comprende que Ortega se refugiara en los ensayos de *El Espectador* (1916) y hasta cierto punto quisiera escapar a su circunstancia española: ese año también inició sus viajes a la Argentina.

Mas al abandonar el poder Romanones en la primavera de 1917 e iniciarse lo que él mismo llamó «la atomización de los partidos gubernamentales», Ortega intensificó notablemente su actividad política; que culminó aquel verano en el artículo del 13 de julio de 1917 «El arco en ruinas», que marcó su separación definitiva del diario de su familia, *El Imparcial* (indiquemos de paso que su padre, Ortega Munilla, ya no era director del periódico). En el otoño Ortega estimó que había incluso grandes posibilidades para un verdadero renacimiento político de España, ya que las elecciones municipales dieron el triunfo a las izquierdas en Madrid y Asturias. Lo que lleva a Ortega a exclamar:

«¡Jóvenes de veinte años! No hagáis caso de quien os diga que el político tiene que ser un hombre que vea la vida como el conde de Romanones».

Añadiendo: «yo he hecho mi vida próximamente lo contrario que el conde de Romanones y sin embargo él se ha equivocado en política y yo he acertado». En esas nuevas circunstancias políticas aparece el diario *El Sol*, en cuya fundación participó muy directamente Ortega y en cuyas páginas, hasta finales de 1930, aparecerían con firma o sin ella numerosos artículos suyos. Y quizás no sería un exceso de parcialidad admirativa el sugerir que *El Sol* ha sido el mejor diario de toda la historia periodística española. Me permitiré caer en la anécdota personal y recordar a un muchachito que en Santa Cruz de Tenerife veía a su padre esperar impaciente al cartero que traía *El Sol*, usualmente en paquetes de varios ejemplares. Ya no será posible hacer un estudio de lo que significó *El Sol* para sus lectores coetáneos de la clase media española, mas no sería arriesgado afirmar que quizás no haya habido en la historia moderna de España un diario equivalente en su acción intelectual. Es más, *El Sol* y *El Socialista* fueron, sin duda, los órganos periodísticos de mayor y más prolongado efecto social modernizador en la España de 1917-1930. Cabe también preguntarse si acaso hubo en la Europa transpirenaica un pensador y escritor de la categoría de Ortega que comentara la realidad política nacional en un diario, como él hizo. Por otra parte, hubo en Ortega, en 1922, un momento de duda sobre la efectividad de su actividad política y la de los intelectuales españoles en general. Y a ellos se dirige Ortega desde las páginas del semanario *España* (entonces dirigido por Luis Araquistáin), con un mensaje casi opuesto al de marzo de 1914: me refiero al artículo «Imperativo de intelectualidad» (14 de enero de 1922). Observemos, a este propósito, que tras la victoria aliada en la Primera Guerra Mundial algunos escritores franceses, encabezados por André Gide, habían empezado a pedir a los intelectuales que «desmovilizaran» sus

plumas, abandonando las actividades de propaganda patriótica a las cuales se habían tenido que dedicar durante la terrible contienda europea. Y no es arbitrario el ver en Ortega un eco español de la campaña de Gide en favor de la que llamaba «desmovilización de la inteligencia».

Aunque no es, por supuesto, una reiteración sin más de lo mantenido por el escritor francés. Porque hay en Ortega el desencanto de quien había predicado (y practicado lo que predicaba) que la primera obligación del intelectual era hacer España. Ortega escribía en 1922:

«Habriase logrado a estas fechas mucho más si en los últimos años no hubieran deformado muchos intelectuales su intelectualidad poniendo ésta al servicio de propósitos políticos».

Añadiendo: «El intelectual sólo puede ser útil como intelectual, esto es, buscando sin premeditación la verdad».

Mas Ortega no podía abandonar ya su papel de orientador político de un número creciente de españoles. Y así, después del bochornoso final del régimen constitucional en septiembre de 1923, la figura de Ortega cobró importancia creciente en aquella España vacía de política. De ahí la enorme resonancia de su legendario artículo «El error Berenguer» en *El Sol* a fines de 1930. Cuando el propietario principal del periódico, don Nicolás Urgoiti leyó el artículo de Ortega, convocó a sus hijos a una reunión urgente para considerar los efectos de su publicación. «Si en *El Sol* de mañana aparece este artículo perderemos probablemente nosotros un millón de pesetas». Los jóvenes Urgoiti no dudaron sobre la necesidad de imprimir el artículo de Ortega, que tan inmediato efecto tuvo en toda España. Por supuesto, don Nicolás Urgoiti predijo exactamente lo que sucedió —la forzada venta de su parte en *El Sol* en condiciones desfavorables. Mas el episodio mencionado muestra cómo Ortega había verdaderamente *hecho* una nueva conciencia burguesa en la España de las

dos décadas, 1910-1930, de su mayor acción intelectual-política. La España que se inició institucionalmente el 14 de abril de 1931 fue también una consecuencia de aquella acción de Ortega. Y aunque no fue tanto como se ha dicho «una república de intelectuales», sí es cierto que fuera de España se la vio como la España creada por Ortega y también por Unamuno. Vino pronto la *Rectificación de la República*, de Ortega, y su retrainimiento al terreno universitario, sin actividad política alguna. La magna catástrofe de 1936 sobrepasó, con creces, sus fuerzas espirituales y abandonó su patria para situarse en el espacio pretendidamente neutral de la supuesta Tercera España. Mas su muerte en el otoño de 1955 hizo de su figura (al igual que el legendario Cid) un combatiente póstumo por la libertad de su España. En suma, la España hoy renacida a la civilización democrática cuenta a Ortega entre sus *padres* fundadores.

AZAÑA:
EL INTELLECTUAL COMO ESTADISTA

«*Un espíritu se forma por influencias de muchas clases*» —escribía Manuel Azaña (con el seudónimo de Martín Pinol) en un artículo de polémica con Pío Baroja, en el diario *La Correspondencia de España*, el 11 de septiembre de 1911. Seguía Azaña: «Quien tiene algo dentro suelta pronto los andadores y elabora según su propio entender los materiales de extraña procedencia». La biografía intelectual de Manuel Azaña confirma enteramente lo observado por él mismo poco antes de trasladarse al país cuya cultura política sería su mayor paradigma. Recordemos que Manuel Azaña (nacido en 1880) era, desde el 1º de julio de 1910, funcionario del Ministerio de Justicia, y como tal obtuvo una beca de la Junta para Ampliación de Estudios con el fin de estudiar en París el derecho civil francés en la muy renombrada Ecole Nationale des Chartes (el centro para la formación de archiveros). Mas la estancia de Azaña en París representó una muy verdadera «ampliación» no sólo de sus conocimientos legales sino también de su cultura general. Sin olvidarlo que el propio Azaña señalaba a su mejor amigo de Alcalá:

«¡Qué lindo es todo esto, oh José! París no es para visto, sino para gozado, a *sorbitos*, con la delectación morosa de un pecador que pretende eternizar su pecado.»

Añadiendo: «Este es el gran fruto que espero sacar de mi viaje, no conocimientos nuevos, no libros, no estadísticas, no orientaciones modernas, sino aguzar y afinar un poco la sensibilidad.» Manuel Azaña acababa de cumplir treinta y dos años: era, por lo tanto, algo mayor que la generalidad de los becarios de la Junta, y, sobre todo, tenía una rara madurez intelectual visible en los escritos de mocedad —aunque sólo se

conocen hasta ahora los recogidos en las *Obras completas*, dado que los hallados providencialmente en un edificio oficial madrileño se encuentran de nuevo en un desconocido, por privado, escondite. Cuando vean la luz, me aventuro a predecir, confirmarán lo que acaba de apuntarse sobre la excepcional madurez espiritual del primer Azaña escritor. La cual explica que su residencia y estudios en París fuera tan provechosa, verificándose en su caso (como en el de Ortega) lo observado por el gran poeta catalán Joan Maragall en su ensayo de 1893 «El pensamiento español». Para Maragall la España de mediados del siglo XIX no había tenido la energía intelectual necesaria para poder aprovechar debidamente la cultura transpirenaica: «España ha llegado a tal punto de debilidad y decaimiento que ni siquiera puede extranjerizarse», escribía Maragall refiriéndose al propio año en que escribía, para mostrar que el descenso intelectual español no se había detenido.

Es manifiesto, sin embargo, que ya había en España grupos de acción intelectual que fortalecían suficientemente a los jóvenes que aspiraban a ser hombres de su tiempo europeo: y no será una sorpresa para nadie el indicar un nombre, no por repetido menos preclaro, el de don Francisco Giner de los Ríos. Manuel Azaña le conoció en la Universidad Central. Cuando murió don Francisco en 1915, Azaña anotó en su diario íntimo:

«Ayer murió don Francisco Giner de los Ríos. Este hombre extraordinario fue el primero que ejerció sobre mí un influjo saludable y hondo. Con sólo asistir a su clase de oyente —de *gorra*, como decía él con gracia— comenzaron a removerse y cuartearse los posos que la rutina mental en que me criaron iba dejando dentro de mí».

Añadiendo Azaña: «Giner no me enseñó nada, si por enseñar se entiende hacerle a uno deglutir nociones fabricadas por otros». Concluía Azaña su rememoración del maestro recién fallecido:

«Aquellas tardes pasadas en una salita de la Universidad maloliente, oyendo la conversación —porque conversaciones eran sus lecciones— de Giner con los discípulos no se me olvidarán jamás. El espectáculo de su razón en perpetuo ejercicio de análisis fue para mí un estímulo. Me di cuenta del progreso conseguido mucho tiempo después, cuando me vi con nuevos hábitos que sólo de él podían venir.»

Azaña nos muestra así al Giner del pensamiento riguroso, en contraste con la figura algo blandengue que han trazado ciertos antiguos alumnos suyos. No debe deducirse —de la relación y deuda de Azaña con Giner— que hubiera estado el joven alcaláino dentro del ámbito de la Institución Libre de Enseñanza: porque Azaña vivía muy a gusto en el Madrid entre bohemio y castizo del fin de siglo, ajeno, por no decir opuesto, al puritanismo de los «institucionistas». Aunque en aquel Madrid finisecular había un patente afrancesamiento en las letras y en los estilos sociales. Sin soslayar tampoco el linaje republicano de Manuel Azaña, que veía a Francia como el paradigma a imitar en España.

Se ha llamado a Manuel Azaña «el príncipe de los francófilos españoles», y quizás lo sea: pero no olvidemos el precepto unamuniense ya citado —«no hay opiniones sino opinantes»— para decir que no conviene englobar a todos los «francófilos» en un difuso afrancesamiento. Porque, en el caso de Manuel Azaña, se trata de una Francia muy cronológicamente limitada, la de la III República y dentro de ella la que media entre el *affaire Dreyfus* y la inmediata preguerra 1910-1914. Notemos que la mayor parte de los becarios de la Junta para Ampliación de Estudios acudían a las universidades y laboratorios alemanes, «saltándose» (por así decir) a

Francia, como habían hecho el pionero Sanz del Río en 1843 y Ortega en la primera década del siglo xx. Manuel Azaña, en cambio, sabía que en París podía encontrar el pensamiento político y los modelos institucionales que podían aplicarse a la realidad española. En el artículo de 1911 antes citado, poco antes de salir para París, Azaña observa:

«Los españoles han tomado los guías que necesitaban donde han podido encontrarlos... Si los legisladores de Cádiz construyeron un Código liberal, creo que fue por la expansión de las ideas francesas... ¿Dónde podían encontrar los doceañistas otros maestros?»

La Francia que busca Azaña es, precisamente, la de los doceañistas, esto es, la de los derechos de la humanidad, la afirmadora de la universalidad de la condición humana. En esto se manifiesta uno de los rasgos intelectuales que oponen a Ortega y Azaña, ya que en el primero hay un marcado desdén por todo lo que suene a abstracta «humanidad», mientras que en el segundo domina la convicción de que ninguna transformación política puede hacerse en nombre de valores cerradamente nacionales. Aunque Azaña está orgulloso de ser español y se considera un auténtico «tradicionalista», no ve dificultad mayor en conciliar lo humano genérico y lo particular nacional: «La España venidera debe estar organizada en forma tal que nada pueda poner en conflicto dentro de nuestra conciencia lo que debemos a nuestra calidad de españoles con lo que nos exige la condición de hombres». Podría decirse, justamente, que la Francia de la III República era la tierra de la renovación del liberalismo humanista, sin romper con ciertas tradiciones nacionales. La singularidad intelectual y política de Azaña está, al contrario, en su muy serena aleación del principio humanista con el intenso sentimiento patriótico.

El París que Manuel Azaña encontró en el otoño de 1911 ofrecía a su curiosidad intelectual los cursos públicos del llamado Colegio de Francia,

en el cual pudo escuchar al filósofo Henri Bergson, al famoso abate Loisy, y, sobre todo, al gran hispanista Morel-Fatio, que exponía sus investigaciones sobre los historiadores de Carlos V, particularmente los textos relativos a la guerra de los Comuneros. Mas París no era sólo el admirable Collège de France —una institución sin parangón en ningún otro país—, sino, quizá sobre todo, la dinámica III República con la coherente ideología liberal que la sustentaba. Algunos de los adversarios de Azaña —y hasta algún supuesto amigo— hablaron de su *jacobinismo*, y ciertamente fue Azaña un jacobino muy español *a la francesa de 1905*, el año de la separación de la Iglesia y el Estado en Francia. Manuel Azaña pertenecía a una familia que no formaba parte propiamente (como en el caso de Ortega) de la oligarquía parlamentaria española, pero sí constituía un linaje de liberales anticlericales. Azaña, sin embargo, había de reprochar al liberal español del siglo XIX que no hubiera tenido los arrestos intelectuales requeridos para establecer firmemente en España la libertad de conciencia. Un excelente estudio de próxima aparición en su versión castellana —el del profesor de la Universidad de Toronto William Callahan *Iglesia, poder y sociedad en España*— prueba la existencia de una tradición política española de un liberalismo que podría llamarse «prudente», desde las Cortes de Cádiz hasta la Segunda República. Prudencia respecto a la Iglesia que Azaña consideraría dañina para la libertad de conciencia e incluso para la estabilidad democrática. Sentimiento que se afianzó en la Francia del novecientos que él conoció tan directamente: mas lo que Azaña absorbió entonces fue, sobre todo, los conceptos del Estado gestor laico y del humanismo republicano, como expresión de las nuevas modalidades del liberalismo. Es, en suma, la ideología del Partido Republicano *Radical* (así como también la del llamado «Partido Radical-Socialista»), que se esfuerzan por mantener el legado entero del liberalismo individualista con la noción de un Estado todopoderoso. Se trata, por supuesto, de un Estado *interventor*,

particularmente como instrumento preservador de las libertades fundamentales. Del mismo modo que el Estado facilita el desarrollo de la igualdad al ofrecer instrucción primaria obligatoria, laica y gratuita, a todos los niños franceses o residentes en Francia. Por otra parte, el libro de León Bourgeois *La solidaridad* (1897) define con precisión mucho mayor que la tradicional *fraternidad* el tercer componente de la «tríada» de 1789: ahora el individuo y el Estado tienen obligaciones mutuas. En resumen, para sobrevivir, la libertad, la igualdad y la solidaridad necesitan la acción del Estado.

Se comprende que el Azaña de 1911-1912, en París, haya sentido una admiración casi ilimitada por la Francia del final de la *belle-époque* y que la contrastara con frecuencia (en los artículos que mandaba a Madrid, siempre con seudónimo) con su patria. Así escribiría en enero de 1912 en *La Correspondencia de España*

«Para nosotros, españoles del siglo XX hombres picarillos *a quien no se la da nadie*, es difícil entender el cariño, el respeto o el furor que el pueblo francés guarda para ciertos nombres o ciertas instituciones».

Añadiendo: «Los benéficos resultados de una intensa vida colectiva lo mismo se advierten en la política que en la literatura». Los términos que emplea Azaña son muy diferentes a los de doña Emilia Pardo Bazán y Unamuno cuando anhelaban que en España se dieran las tensiones y antagonismos de Francia generadas por el «asunto Dreyfus»: pero la intensidad del vivir colectivo admirado por Azaña en Francia es su casi estricto equivalente. Para Azaña, sin embargo, se trata más bien de una actitud ante la vida que no puede aislarse de factores tan decisivos como los geográficos y económicos. Así al describir una gran exposición compara los dos países:

«Cuanto hay aquí bajo esta nave de cristal es la obra de una raza que idolatra su terruño, porque de él mana su bienestar y en él ha puesto la base más honda de su democracia. Para los que hemos nacido en la tierra hosca, víctima del cielo azul, madre de la triste incuria... el contraste no puede pasar inadvertido. En las cuatro quintas partes de España, tierra quiere decir pobreza, soledad, esclavitud, desamparo».

Preguntándose Azaña: «¿Cuándo será prenda de paz, manantial de bienes, garantía de la igualdad futura?». Recordemos de paso que no mucho antes de su estancia en París, Azaña había vivido algunos años en su ciudad natal, Alcalá de Henares, dedicado en parte a la administración de las propiedades agrícolas de su familia. No podemos detenernos en considerar el lirismo paisajista de Azaña —tan propio también de otros escritores de su generación— que le hace sentir hondamente el bienestar de un pueblo laborioso al contemplar algún lugar de la región parisina. Baste indicar que representa en Azaña un contrapeso a la meditación abstracta y como tal manifiesta una notable sensibilidad para la belleza natural.

Azaña regresó a Madrid en noviembre de 1912, y a principios de 1913 pronunció en el Ateneo un discurso sobre Moret (que acababa de morir) que determinó probablemente que fuera elegido secretario de dicha institución madrileña el 6 de febrero, cargo que ocuparía siete años. Azaña destacó allí pronto como orador polemista en las sesiones que debatían las memorias anuales de las diferentes secciones. Y así en su diario íntimo de 1927 anotó las siguientes líneas, referidas a 1913:

«Otros han creído que mi destino era la política... por ejemplo, Ortega y Gasset... Al salir de una de aquellas sesiones Ortega me dijo: "¿Lo ve usted? Usted no se ocupaba más que de cosas literarias. Entra usted en el

papel de parlamentario y ¡véase! con sobrantes por todas partes. ¡A los hombres hay que ensayarlos!"».

Y cabe conjeturar si las palabras animadoras de Ortega no llevaron a Azaña a explorar la posibilidad (como lo hizo aquel mismo año) de ser candidato en las elecciones parlamentarias. Pero Azaña se entregó con verdadero interés a sus funciones administrativas en el Ateneo. Hasta tal punto que algunos amigos le manifestaron su inquietud por el exceso de dedicación a una tarea inferior a sus capacidades intelectuales. Más tarde les respondería diciendo que él había sido un hombre sin ninguna ambición. Observación que corresponde a los recuerdos que tenían de la persona de Azaña ciertos *coetáneos* suyos. El poeta catalán José María de Sagarra le describe en sus Memorias como «un hombre simpático y sencillo que no tenía enemigos, porque no se proponía competir con nadie». Había, sin embargo, en Azaña una decidida orientación política que le llevó a inscribirse en el recién fundado Partido Reformista de Melquíades Álvarez además de ser uno de los primeros firmantes del manifiesto iniciador de la Liga de Educación Política. Y hubo dos intentos por parte de Azaña de presentarse en 1913 y 1914 a elecciones a las Cortes por el distrito electoral de Alcalá de Henares: mas no lo hará finalmente hasta 1918 y 1923, aunque por una circunscripción diferente, la toledana de Puente del Arzobispo. Mostraba así Azaña una actitud política casi opuesta a la recomendada por Ortega en el resonante discurso de 1914, *Vieja y nueva política*: porque Azaña no daba la espalda al Estado español ni compartía las ideas anti-estatistas de Ortega. Quizás esto explique, dicho sea de paso, que Ortega no le invitara a colaborar en el semanario *España*, ni más tarde en *El Sol*. Es patente en el caso de España que Azaña esperaba tal invitación, como se desprende de la entrada correspondiente al 10 de enero de 1915 en su diario íntimo:

«Por la tarde un rato en el Ateneo, donde he visto a Guixé, que me habla de la revista de Ortega, próxima a salir. Este Ortega ¿quiere que le pidan las cosas varias veces? Hace meses le hice una indicación y aceptó con gusto que me encargara yo de una sección de la revista. Volvimos después a hablar un gran rato haciendo planes. Luego ya no me ha vuelto a decir una palabra, como si se retrajera. No lo entiendo.»

El primer número del semanario *España* fue publicado el 29 de enero de 1915, con una venta inmediata de cincuenta mil ejemplares, cifra excepcional para aquella época. Azaña no se refirió, sin embargo, al semanario hasta casi un mes más tarde, el 26 de febrero, fecha del quinto número de *España*:

«Por fin se publicó *España*, el semanario que dirige Ortega. Al periódico le falta nervio y significación, no sé si los irá adquiriendo. No me parece que Ortega sea —hasta hoy— un escritor político. A mí me han puesto entre los colaboradores, pero no me encuentro capaz de meter, allí, un artículo sobre nada. El *tono* no me sienta.»

¿Cabría ver en estas palabras de Azaña un resentimiento por la decepción sentida al no invitarle Ortega a ser uno de los redactores principales? Seguramente, mas también conviene tener presente que Azaña era un *estatista* a ultranza, y que juzgaría más tarde —en el mismo semanario *España*, dirigido entonces por él— muy negativamente la Liga de Educación Política y la misma figura política de Ortega. En un artículo anónimo del 23 de febrero de 1924, titulado «Santos y señas» —cuyo estilo es inconfundible—, se decía de la Liga que había naufragado «en el puerto engañoso de la abstención». Se hacía una referencia a Ortega y a su famosa conferencia de octubre de 1909 en el Ateneo, cuando «había

sellado todas las negaciones» al protestar contra la política represiva de Maura. Añadiendo:

«No es esta la ocasión de señalar la trayectoria seguida, en su desviación de aquel intento, por el joven en quien anhelaba reconocer un guía la juventud ateneísta de hace quince años».

E indica que «los pocos hombres cuyo temperamento político necesitaba de la lucha electoral» se inscribieron en los «partidos históricos» o en «los que aspiraban a serlo» —una obvia referencia personal. Es pertinente observar que el texto citado se publicó ya en plena dictadura del general Primo de Rivera, que fue acogida inicialmente con notable benevolencia por Ortega y el periódico que él orientaba: *El Sol*. No dejó tampoco Azaña de condenar duramente la polémica visita de don Miguel de Unamuno al Rey Alfonso XIII en abril de 1922. Así escribía en la revista, fundada por él con el apoyo de don Amós Salvador, *La Pluma*:

«El intelectual que abandona la especulación pura... debe advertir que no se disminuye —esa es su generosidad y su sacrificio— pero su comercio con el público es ya distinto, otra la disciplina.»

Concluyendo Azaña: «Su principal deber con los secuaces es la fidelidad al convenio que los juntó». Anotemos que Azaña permaneció diez años, 1913-1923, en el Partido Reformista, que abandonó tras la pasividad de su jefe político, Melquíades Álvarez (entonces Presidente de las Cortes) ante el golpe militar del 13 de septiembre de 1923. Azaña no hizo, sin embargo, *carrera* política, y pudo así escribir en su diario de 1932:

«No puede llegarse normalmente a la cumbre del poder político y conservar la integridad y entereza del propio ser. Yo no he hecho

carrera y estoy interiormente tan recio y tan en mi ser como hace veinte años.»

Observando Azaña: «Esta es una ventaja que raramente puede disfrutarse cuando no hay revolución».

Manuel Azaña había, sin embargo, mantenido una actividad que podría ser considerada como una modalidad de la carrera política: en primer lugar, se había destacado como aliadófilo y había dado en el Ateneo las conferencias que publicaría en 1919 con el título de *Estudios de política militar francesa*, quizá uno de los mejores libros de historia intelectual aparecidos en España en su tiempo... y el nuestro. De ahí que en el Congreso del Partido Reformista se le encargara de la ponencia relativa al ejército, lo cual, a su vez, determinó que se le ofreciera la cartera de Guerra en el primer gobierno republicano de 1931. En su diario de ese año escribía Azaña: «Me he educado en veinticinco años de apartamiento voluntario, en la contemplación y el desdén». ¿Mas no constituían estas palabras una especie de espejismo retrospectivo negativo? Porque desde 1906 a 1931 Azaña había *estado* dentro del ámbito político español en variadas formas, pero, sobre todo, con las de la pluma meditadora.

Y no era tampoco un desconocido para algunos actores y observadores de la actividad política española. Así, el primer artículo de Azaña en el semanario *España* —en 1919— fue presentado por el director (Luis Araquistáin) en los siguientes términos que resultaron proféticos: «Manuel Azaña, uno de los españoles jóvenes de más rico futuro político, por su inteligencia, cultura y sensibilidad liberal». Poco después, en 1920, como ya se mencionó fundó Azaña la revista mensual *La Pluma*, de carácter primordialmente literario pero en la cual abundaron páginas suyas (usualmente con seudónimo) de interpretación histórica y de meditación política (anotemos de paso que en el primer número se incluye a Ortega entre los autores a quienes *no* se pedirá colaboración). Pero fue,

sobre todo, en el semanario *España* donde Azaña expuso su pensamiento político general y sus comentarios sobre las circunstancias españolas. Una nota al pie de la página 4 del número del 6 de enero de 1923 anunciaba que desde el principio de año el nuevo director era Manuel Azaña. Recordemos que entonces se hallaba en el poder gubernamental la llamada «Concentración Liberal» —o sea, la alianza de los liberales históricos y de los reformistas— y se preparaban elecciones de diputados. Algunos reformistas estimaban incluso que se acercaba la hora del poder: aunque la dimisión del Ministro de Hacienda don José Manuel Pedregal el 3 de abril de 1923 —motivada por la oposición episcopal a la reforma del artículo 11 de la Constitución vigente— mostró que persistían algunos de los famosos «obstáculos tradicionales». Los reformistas participaron, sin embargo, con numerosos candidatos en las elecciones de fines de abril. Azaña fue uno de ellos, haciendo una enérgica campaña electoral en el mismo distrito electoral toledano que en 1918. Los reformistas obtuvieron el mayor número de diputados (veinte) de su historia parlamentaria, pero Azaña fue derrotado por los manejos caciquiles de su adversario. Su partido tuvo, no obstante, la satisfacción de ver elegido a su jefe, Melquíades Álvarez, Presidente de las nuevas Cortes. Parecía haber, por lo tanto, alguna posibilidad de realizar el programa de cambios institucionales importantes, dentro del régimen monárquico. Pero la guerra de Marruecos continuaba y constituía un gravísimo problema de amplias y variadas resonancias políticas y sociales. Manuel Azaña publica —de julio a septiembre de 1923— una serie de artículos sobre el libro del general Dámaso Berenguer *Campañas en el Rif y Yebala. Notas y documentos de mi diario de operaciones* Madrid, 1923. Los artículos de Azaña constituyen —junto con su largo ensayo sobre el *Idearium español* de Ganivet— el texto más largo de sus escritos de tema español: es también el de tono más grave. Azaña se incorporaba, por supuesto, a la polémica periodística en torno a la guerra de Marruecos, mas aspiraba

también a dar al análisis de los desastres militares españoles su adecuada proyección política general. Es pertinente recordar que en el verano de 1923 se preparaba una investigación parlamentaria sobre lo sucedido en Marruecos. Y Azaña manifiestamente aspiraba a fortalecer la posición de los críticos parlamentarios de la política gubernamental y de los altos mandos del Ejército. Acude, como es frecuente en sus escritos, a la historia española que tan bien conocía, dando así a su requisitoria caracterización crítica de los males permanentes de España. Cito: «Cabalmente lo que se ventila en nuestro problema marroquí es la subsistencia o la caducidad de los valores creados hace siglos por los dueños de España que administran su historia». Los fracasos de hogaño son, simplemente, una repetición de los de antaño y todos se deben a una causa primaria: «la modorra mental». Azaña apunta entonces cómo la mediocridad estilística y narrativa del general Berenguer es un claro indicio de su incapacidad para el alto mando militar: «Si el general Berenguer hubiera sido capaz de concebir una obra maestra como la de Hurtado de Mendoza, no habría fracaso en África». Hay una distancia enorme, mantiene Azaña, entre los militares españoles de su tiempo y los antiguos, que eran «capaces de conducir una guerra y de reducir a escrito, con palabras bien acuñadas, su experiencia personal».

Pero, sobre todo, la importancia de la reseña del libro del general Berenguer radica en su significación proyecta (digamos así) dentro de la biografía intelectual y política de Azaña. En efecto, al hablar de las condiciones que debe reunir un hombre de gobierno, y tras observar que mandar equivale a «pensar en todo, pensar por todos», escribía Azaña:

«Trepando por una escala cerrada o al amparo de la nombradía profesional se asaltan los puestos que precisamente requieren cierta universalidad de miras y de medios para servirlos con grandeza. El pueblo, viva o no en

régimen democrático, necesita preparar esas capacidades universales, para situarlas en la cima».

El trasfondo personal de estas líneas es patente: «universalidad de miras», «servir con grandeza», «capacidades universales». Azaña había indicado que la mentalidad del experto no suele estar preparada para la tarea creadora del estadista. Observemos así que Azaña, era una excepción en su generación, la de 1914, en la que predominaban los especialistas. En suma, Azaña mantenía que la política no puede dejarse en manos de «técnicos», aunque sabía que era necesario recurrir a las personas que Gambetta, en Francia, había llamado «*des capacités*», «capacidades». Mas el pronunciamiento del 13 de septiembre de 1923 concluyó la historia constitucional de la Monarquía canovista. El día 17 Azaña escribe a Melquíades Álvarez dándose de baja en el Partido Reformista, dada la pasividad del Presidente de las Cortes ante el golpe militar. Azaña pudo continuar algunos meses más la publicación del semanario *España*. La firmeza ideológica de Azaña se explaya (a pesar de la censura) en las páginas de *España* tras el comienzo de la dictadura militar de Primo de Rivera. No debe olvidarse, a este propósito, que algunos universitarios importantes, numerosos hombres de negocios y técnicos diversos, además de unos pocos dirigentes socialistas, vieron en el general-dictador al «cirujano de hierro» de las quimeras políticas de Joaquín Costa. Esto es, para dichos españoles todo parecía reducirse al antiguo lema de algunos pensadores positivistas hispanoamericanos: «Poca política y mucha administración». Para Azaña esta actitud era un manifiesto error: «Todo Costa es, seguramente, realizable el día menos pensado, sin que desaparezca ninguna de nuestras aspiraciones actuales» (*España*, 20 de octubre de 1923). Porque se trataba de reafirmar ante todo los derechos humanos y los valores éticos tradicionales del liberalismo.

Para Azaña la tragedia del liberalismo español, desde sus principios pero sobre todo desde la llamada «Revolución de 1854», había sido su tendencia a la transacción y al compromiso. De ahí que el liberalismo se hubiera visto, finalmente, reducido a los modos maniobreros del conde de Romanones. El deber de los liberales auténticos era muy tajante, según escribía el 29 de diciembre de 1923:

«El deber de los liberales españoles es mucho más severo, más estricto y tan arduo de cumplir que algunos retrocederán... La intransigencia será el síntoma de la honradez.»

Añadiendo Azaña: «Quien llegada la hora no lo practique así, podrá ser un buen padre de familia, un administrador diligente de sus caudales, pero no será, si persiste en llamarse liberal, un hombre honrado». Azaña adopta así la actitud de un gran liberal, el historiador inglés, católico, Lord Acton, cuando decía que el liberalismo consistía en afirmar lo que debe existir, sin prestar atención a lo que existe. En un artículo anterior, del 20 de octubre de 1923, señalaba Azaña que Unamuno había planteado el problema fundamental para los liberales españoles: «no el de ser español o no serlo, ni el de cómo se ha de ser español, sino el de ser o no ser *hombre*» (subrayado por Azaña). Por supuesto, Azaña (cuya simpatía por Unamuno era muy escasa, por no decir inexistente) no aludía al «hombre» unamuniense, sino que se refería al de los «derechos del hombre». Porque Azaña creía que sólo viéndose el español a sí mismo en cuanto ser humano puede cobrar confianza para emprender la necesaria transformación del país. En un artículo del 22 de diciembre de 1923, en *España*, escribía Azaña:

«La generación republicana de la segunda mitad del siglo último sabía de las deformidades del Estado español tanto como supieron Costa y los

demás regeneradores. Probablemente los republicanos habían observado menos la realidad española, pero la sabían mejor en el fondo.»

Y se pregunta: «¿Es paradoja decir que en Michelet y en Proudhon, en Mill y en los radicales ingleses, en ciertos arquetipos clásicos, aprendieron para la reforma de España mucho más que hubieran aprendido pescando cangrejos en el Duero?». Azaña se situaba así en la tradición liberal iniciada en el siglo XVIII por pensadores políticos como Sieyès, que consideraban la historia como un peso muerto del que no se podían extraer ejemplos ni normas de conducta. Y, claro, para el liberal la afirmación de la libertad era el imperativo mayor. El último artículo de Azaña en *España* («Nuevos partidos, libertades viejas») —que había sido suprimido por la censura algunos meses antes— constituye casi un manifiesto del nuevo liberalismo:

«Las libertades públicas no son privilegios, ni gracias otorgadas; tienen una base indestructible, el hecho de la conciencia humana... todas las libertades abren algún camino al desenvolvimiento cabal de la persona. La piedra de toque de la libertad es el respeto que se tenga a la conciencia de los disidentes.»

En marzo de 1924 dejó de publicarse *España* y Azaña entra en unos meses de desánimo: «al quedarme sin *España*, con el horizonte cerrado como por losa de plomo, no sabía qué hacer y entré en una interinidad expectante». Mas Azaña pronto reanudó sus trabajos literarios, que sorprenderían a algunos de sus amigos políticos, y poco después entraría en el grupo conspirador republicano que le llevaría finalmente a figurar en el primer gobierno de la Segunda República, proclamada el 14 de abril de 1931.

Se vio entonces que Manuel Azaña era, probablemente, el único Ministro que tenía un conjunto articulado de ideas precisas sobre las finalidades y el estilo político del nuevo régimen. En particular, Azaña mantenía que no había habido verdaderamente un Estado en España desde los tiempos de los ilustrados del siglo XVIII. Recordemos que el mismo Azaña había sido un eficaz funcionario estatal desde 1909 y que él también veía su condición castellana como una singular perspectiva política: «Nosotros los castellanos lo vemos todo en el Estado y donde se nos acaba el Estado se nos acaba todo». Y así, para Azaña, gracias «a la República puede haber un Estado en España». Digamos de paso que algunos adversarios de Azaña hablaron entonces de lo que llamaron su «estatolatría». Mas al aspirar al fortalecimiento del organismo estatal, al ser un *estatista* (como lo había sido Unamuno, pero no Ortega), quería Azaña, sobre todo, realizar las reformas que él estimaba indispensables en España: y una de ellas se orientaba precisamente al establecimiento de comunidades autónomas. O sea que en contraste con sus modelos franceses (reales e ideales), que eran fundamentalmente centralistas, el castellano Azaña veía en la restauración de las libertades regionales y municipales —en primer lugar la de Cataluña— un objetivo urgente de la Segunda República. Aunque tal actitud no significaba para Azaña una disminución de la españolidad de la República, muy al contrario. Azaña se sentía profundamente español —«Nadie tiene en las venas un españolismo tan profundo, tan puro y ardiente como yo», decía en julio de 1931— y, por tanto, era necesario que la pluralidad humana de España estuviera representada en los órganos del poder político. Azaña fue, sin embargo, acusado de encarnar la llamada anti-España y se vio sometido a una campaña de odio brutal fomentada sobre todo por quienes representaban las instituciones más tradicionales de España.

Todo este odio hizo mella en Azaña, y más aún si cabe le dolió la conducta con él en 1934 de los dirigentes del partido gubernamental (el

Radical) y la del propio Presidente de la República. Mas el año 1935 recobró fe en sí mismo como estadista republicano y llegó a sentir que el nuevo «monte de odio» (para emplear el término de Ortega referido al «asunto Ferrer») entre las dos mitades de España podría vencerlo una política de integración nacional. Aceptó con marcadas dudas la conveniencia de una amplia alianza de los partidos de la izquierda republicana (que incluía a los comunistas) y obtuvo un triunfo más mayoritario de lo que él deseaba. Consintió en participar indirectamente en las maniobras de algunos dirigentes socialistas para deponer constitucionalmente al Presidente Alcalá Zamora y fue elegido para sucederle ante la consternación de muchos de sus admiradores. Uno de ellos, mi maestro Américo Castro, fue a suplicarle que no dejara el cargo ejecutivo de la Presidencia del Consejo para pasar a la prácticamente ornamental Jefatura del Estado. La contestación de Azaña no se hizo esperar: «¿Cree usted que no me lo merezco?» Y otros testimonios muestran que Manuel Azaña creía ingenuamente que al estar en la Presidencia de la República podría impedir el conflicto que se avecinaba, y que él mismo había predicho ya en 1934. No señalo lo apuntado para disminuir la importancia de Azaña en la historia española, sino para sugerir que el clima social y político español en la primera mitad de 1936 era algo enteramente nuevo en España, porque había sido producido, en gran medida, por la inimaginable barbarie que asolaba ya a una parte considerable de Europa. Un hombre como Manuel Azaña se sentía impotente ante la enormidad social y política de la catástrofe de 1936. Y me atrevo a proponer que hubo en él una *conversión* de carácter intelectual y político, determinada por un intenso sentimiento de culpa. En el llamado *Cuaderno de La Pobleta* (los diarios de Azaña escritos en una finca valenciana en la segunda mitad de 1937), en la entrada del 17 de junio, que no corresponde a un solo día, relata Azaña una visita de don Fernando de los Ríos, a la sazón Embajador en Washington. Tras señalar

que, «por ciertas analogías de formación intelectual que apenas ningún otro político» tiene con él, de los Ríos comprende lo que está padeciendo, escribe Azaña, transcribiendo, por así decir, su conversación:

«Nosotros (habla Azaña), que entramos ya en la declinación de la vida, no podremos dejar de ser como hemos sido, y a ello nos agarraremos, cualquiera que sea nuestra suerte, la de unos precursores o la de unos retrasados».

Añadiendo Azaña: «Viviremos o nos enterrarán (o quedaremos de pasto para los grajos) persuadidos de que nada de esto era lo que había que hacer». Cabe preguntarse si con el *esto* Azaña aludía a lo que había sido la política identificada con él, y en cierto grado con Fernando de los Ríos. No puede, desde luego, hablarse de un cambio ideológico, del género tan frecuente en las últimas décadas en algunos países occidentales: porque Azaña se seguía considerando un liberal entero, pero había en él un manifiesto sentimiento de culpa que le impedía ver con su acostumbrada lucidez lo que España —y Europa— estaban viviendo. Pero estoy cayendo en la trampa que mi maestro mexicano, don Edmundo O'Gorman, nos conminaba a evitar: «No hay que regañar a los muertos... pues no pueden contestar».

JUAN NEGRÍN:
EL CIENTÍFICO COMO GOBERNANTE

«*Contra el régimen franquista todo, contra España nada*», escribía Juan Negrín, el 16 de abril de 1948, a Ramón Lamonedá, el secretario general de la fracción (o más bien *facción*) del PSOE llamada «negrinista». Negrín le había enviado antes de su publicación tres artículos que había entregado al *Herald Tribune*, el diario norteamericano de París, para obtener la aprobación de la Comisión Ejecutiva de la aludida *facción* del PSOE —dado que lo propuesto por Negrín en sus artículos era particularmente sorprendente. Porque Negrín pedía que España fuera incluida entre las naciones beneficiarias del Plan Marshall para la reconstrucción de Europa, aunque solicitaba que el régimen caudillista quedara excluido de la Unión Europea. Dichos artículos tuvieron gran resonancia internacional y fueron vistos con gran disgusto por miles de republicanos españoles exiliados. Es más, la actitud de Negrín expuesta en los artículos del *Herald Tribune* —a la que hemos de volver a referirnos— motivó finalmente su total aislamiento político dentro de la España exiliada. Y, sobre todo, incrementó para muchos observadores y estudiosos de la historia española contemporánea las perplejidades que habían sentido respecto a la figura de Negrín. Por ejemplo, Elena de la Souchère, en su excelente libro *Explicación de España (Explication de l'Espagne)*, atribuía a Negrín una casi sistemática ocultación de sus motivaciones: «un hombre singular que ha muerto sin haber nunca revelado sus motivaciones». Y, por supuesto, los políticos republicanos exiliados se sintieron aún más perplejos que Elena de la Souchère y otros hispanistas. Así un destacado político catalán, don Carlos Pi Sunyer, escribía en sus memorias, publicadas en México: «Confieso que a pesar de haber pensado mucho en ello, no puedo llegar a comprender (y por lo tanto a valorar con justicia) la personalidad y el carácter de Negrín». Añadiendo Pi Sunyer: «No los comprendía durante

la guerra, cuando eran un problema del momento, y sigo no comprendiéndolos ahora, cuando son un problema histórico».

Juan Negrín se convirtió así, desde 1948, en una figura más enigmática de lo que era hasta entonces para afines y adversarios. Ni siquiera la muerte —el 12 de noviembre de 1956 en París— le dio el claro perfil que tan frecuentemente fija para la posteridad la singularidad absoluta de un ser humano: más bien sucedió lo contrario, porque libelistas y dizque historiadores de izquierdas y derechas han usualmente difamado, y siempre desfigurado, desde entonces, su figura histórica. No es muy difícil, sin embargo, para el estudioso de la historia española de este siglo, el comprender (y por ende valorar) la singularidad biográfica y la significación política de Juan Negrín. Basta tener presente el precepto biográfico formulado por don Manuel Azaña en sus estudios sobre Francia:

«la cinta fugitiva y brillante de la conciencia personal, donde tantos hilos se urden, es, cada vez, más delicada, más sensible, más difícil de reducir a una forma escueta. Excluir de ella cualquier rasgo es una mutilación preñada de inexactitudes y de injusticias.»

Señalemos, por de pronto, que (en contraste con el Presidente Azaña) el doctor Negrín dejó muy escasos documentos personales: y hasta puede decirse que mostraba una acentuada antipatía a toda persona que en un modo u otro fuera narcisista. Y aunque no podemos, en esta ocasión, esbozar en todos sus matices la compleja personalidad de Juan Negrín, sí cabe considerar su singularidad (verdaderamente excepcional) de hombre de ciencia que desempeñó cargos de gobierno en circunstancias trágicas para su patria y toda la Europa occidental. Como tanta falsedad y repetidas inexactitudes se han acumulado (y se siguen acumulando) sobre Juan Negrín, ruego a muchos de ustedes que me dispensen por recorrer

ahora la biografía del investigador científico tan unido a la historia temprana de *esta* Residencia.

Recordemos que Juan Negrín nació el 13 de febrero de 1892 en la capital de la isla de Gran Canaria, Las Palmas. Su padre, don Juan Negrín Cabrera, era un acaudalado hombre de negocios, que se esforzó en dar a su hijo una educación lo más europea posible. Conviene indicar, de paso, que tanto Las Palmas como la otra capital rival de las islas, Santa Cruz de Tenerife, eran ciudades cosmopolitas cuya actividad comercial se orientaba mucho más a Inglaterra, Francia y Alemania que a esta Península. De ahí que muchas o casi todas las familias de la alta burguesía portuaria, en las dos islas, enviaran a sus hijos a estudiar en colegios y universidades de los países mencionados. Así Juan Negrín, al embarcar para Hamburgo —tras completar precozmente el bachillerato— emprendía la ruta educativa característica de su clase social canaria: pero iba a coincidir en Alemania con los becarios de la Junta para Ampliación de Estudios (por ejemplo, don Julián Besteiro). El joven Negrín se matriculó primero en la Facultad de Medicina de Kiel y luego en la más importante de Leipzig, donde obtuvo el grado de doctor en Medicina el 3 de agosto de 1912, a los veinte años. Y cabe conjeturar si el reconocimiento internacional de la obra de un científico español —el Premio Nobel de 1906 otorgado a Cajal— no operó decisivamente en la vocación científica del joven Juan Negrín. En Leipzig, en el Instituto de Fisiología, hizo trabajos de investigación y ejerció funciones docentes hasta 1916, cuando la generalidad de los becarios de la Junta abandonó Alemania. Conviene señalar aquí que Juan Negrín —en contraste con sus compatriotas aludidos— había cursado todos sus estudios universitarios en Alemania y además había hecho trabajos de investigación pos-doctoral durante casi cinco años: mientras que los becarios de la Junta solían permanecer un curso o dos, a lo sumo. Por su formación científica Juan Negrín era por lo tanto uno de los jóvenes españoles más enteramente y más *normalmente* europeos: añádase que en

Alemania adquirió también el dominio del inglés y el francés. Y es pertinente a este propósito recordar que Juan Negrín contrajo matrimonio en Leipzig con una estudiante de música perteneciente a una familia de la alta burguesía judía de Rusia: y el joven doctor Negrín se familiarizó con la lengua rusa, pero el idioma conyugal fue siempre el francés.

Como ya recordamos al considerar la estancia de Ortega en Alemania, no debemos olvidar que la germanización intelectual de los jóvenes españoles solía tener como obligado corolario su adhesión al socialismo, dado que algunos de sus profesores eran los famosos «socialistas de cátedra»: en suma, para ellos, ser socialista (sin filiación partidista) era una forma de ser plenamente europeos. La guerra de 1914-1918 determinó una separación de los jóvenes españoles que habían estudiado o investigado en Alemania de sus maestros socialistas, ya que en su gran mayoría aquéllos fueron aliadófilos. Juan Negrín regresó a Canarias y luego a Madrid, donde la ayuda de Cajal fue muy decisiva: gracias al apoyo del Nobel español se instaló para el doctor Negrín un laboratorio *aquí mismo*, en la Residencia, en los sótanos del pabellón llamado «el Transatlántico». Fueron revalidados sus estudios médicos en 1919 y 1920, y en marzo de 1922 fue nombrado, tras la usual oposición, catedrático de Fisiología de la Universidad de Madrid. Poco después empezó a ocupar el cargo de secretario de la Facultad de Medicina y abrió en la calle de Serrano un laboratorio de análisis clínicos, pero no ejerció nunca la profesión médica. Fundó con sus amigos Julio Álvarez del Vayo y Luis Araquistáin la editorial España, que publicaba, sobre todo, traducciones al español de obras que podrían llamarse «de izquierdas». En la primavera de 1929 ingresó en el PSOE (como ya lo habían hecho los dos amigos mencionados), y dado el corto número de intelectuales en dicho partido, la incorporación del doctor Negrín fue comentada tanto por *El Socialista* como por *El Sol*. Juan Negrín publicó entonces el único escrito suyo sin carácter científico (antes de 1936) en el diario socialista: «La

democratización de la Universidad». Su conclusión expresa sucintamente el pensamiento del doctor Negrín: aspiraba a que se pudiera realizar una verdadera democratización de la Universidad, esto es a facilitar «el ingreso de la masa proletaria en la Universidad». La actividad intelectual española adquiriría con ese aporte de nueva sangre social «un sentido más humano y una concepción más seria de la vida, mayor virilidad y entereza»; también quedaría quebrantado «tanto narcisismo infecundo». Pero el doctor Negrín no se situó en el grupo dirigente del PSOE, como había hecho su antiguo amigo de Leipzig don Julián Besteiro, a la sazón presidente del partido, ni se asoció estrechamente con una de las dos principales ramas ideológicas, como hicieron sus amigos Del Vayo y Araquistáin, que tanta importancia tendrían más adelante como «cerebros» políticos de Francisco Largo Caballero. Para el doctor Negrín la explicación de su ingreso en el PSOE era muy sencilla —como expuso en una conferencia en la Casa del Pueblo de Madrid, el 1 de diciembre de 1929—: «fui republicano desde que tuve sensibilidad política». Hagamos un rápido inciso para indicar que la familia de Negrín era muy conservadora y de un intenso catolicismo: su único hermano, Heriberto, profesó en una orden religiosa docente, y su madre y hermana se establecieron en Lourdes al abandonar Canarias tras la muerte de don Juan Negrín Cabrera, y allí murieron. En Canarias abundaban las familias burguesas republicanas (e incluso anticlericales), pero la familia de Juan Negrín se hallaba en el campo conservador. Su republicanismo no era, pues, de *linaje* sino exclusivamente de convicción: del cual derivaba su socialismo. Porque según Negrín el PSOE era «el único partido realmente republicano que existe en España», y esto fue una razón decisiva para él. Recordemos que en 1929 eran muy numerosos los intelectuales españoles que eran abiertamente republicanos, pues consideraban el gobierno autoritario del general Primo de Rivera como un anacronismo que separaba a España del resto de Europa. Mas ha de apuntarse que don Julián Besteiro se oponía

muy firmemente a la participación del PSOE en las conspiraciones republicanas. De ahí que la adhesión socialista de Negrín (que él hacía sinónima de republicanismo) tenía forzosamente que parecer a sus oyentes de la Casa del Pueblo madrileña (y a los lectores de *El Socialista*) como una identificación con el ala minoritaria del partido encabezada por Indalecio Prieto, entonces en el exilio. He de añadir que el antiguo amigo de Juan Negrín, de sus días de Leipzig, don Julián Besteiro, se consideraba como un fiel marxista: mientras que el doctor Negrín llegó a llamarse (años más tarde) «el único socialista no-marxista de su partido». Teodomiro Menéndez, el dirigente socialista asturiano, que como tantos personajes históricos españoles se llevó a la tumba sus preciosos recuerdos de historia española (y particularmente de la historia interna del PSOE), me resumió el carácter ideológico de Negrín en muy pocas y acertadas palabras: «Negrín era, sobre todo, un ecléctico». Y no lo decía en tono crítico, ya que respetaba y admiraba a Juan Negrín. Señalaba Teodomiro Menéndez el temple pragmático y casi táctico del socialismo en Negrín. O puesto en otros términos: para Negrín (como para un gran número de españoles en 1929) la forma de gobierno republicana era la vía para que España llegara a ser un país enteramente europeo. Y, justamente, el PSOE era el camino más eficaz para conseguir la anhelada modernización de España. Citemos, a este propósito, un texto muy revelador de un ilustre hombre de ciencia, muy amigo entonces del doctor Negrín, el doctor Gregorio Marañón. «Sólo nos queda el socialismo como disciplina o como ideología», escribía don Gregorio en agosto de 1929. De ahí que aconsejara a los intelectuales españoles que ingresaran en el que llamaba «partido en marcha». Marañón no practicó lo que predicaba, pero sus palabras testimonian del estado de ánimo de la comunidad intelectual española en 1929 y 1930.

La entrada oficial del doctor Negrín en la actividad política nacional (como en el caso de otros integrantes de la generación de 1914) fue en

1931, al ser elegido diputado a las Cortes Constituyentes de la Segunda República por su provincia natal, la de Las Palmas. Ya indicamos que su familia pertenecía al campo conservador, de gran fuerza y tradición en la isla de Gran Canaria. La elección del doctor Negrín (y junto con él la de otro socialista, colega y *residente* aquí muchos años, el doctor Marcelino Pascua) se debió al apoyo decidido de los trabajadores portuarios de Las Palmas organizados por don Juan Rodríguez Doreste y otros dirigentes socialistas. En 1933 Juan Negrín fue derrotado en Las Palmas, pero como figuraba también en la candidatura de Madrid fue reelegido con un número de sufragios (173 886) sólo inferior a los de Besteiro y otro candidato. En 1936 triunfó a la vez en Madrid y Las Palmas, pero optó por la representación de su provincia natal. El doctor Negrín fue así representante parlamentario en las tres Cortes de la Segunda República, pero no fue el intelectual que se destacó en las Cortes por su oratoria: sabía que no disponía de la facilidad verbal de algunos de sus amigos, pero además estimaba que el trabajo efectivo del Parlamento debería hacerse, como apuntó en 1934, «en una especie de Parlamento adjunto que fuera como una serie de consejos técnicos que se encargaran de dictaminar sobre las leyes que habían de venir al Parlamento». Debe subrayarse que al doctor Negrín se le elogió en las Cortes Constituyentes —escenario de las truculencias oratorias de los llamados por Ortega «jabalíes»— por el tono «mesurado y amable» empleado al contestar preguntas de adversarios políticos del PSOE. Por otra parte, su dominio excepcional de los idiomas principales de Europa hizo que se le designara representante de España en dos organismos internacionales: la Oficina Internacional del Trabajo en Ginebra y la Unión Interparlamentaria Europea, con sede variable, en las cuales solía encabezar la delegación española. Todas estas actividades derivadas de su cargo parlamentario obligaron al doctor Negrín a abandonar prácticamente la investigación científica y la docencia universitaria. Así, en 1934 pidió la excedencia de su cátedra, pero no

abandonó sus tareas de secretario ejecutivo de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria —en verdad la labor de cinco años (1931-1936) que más le entusiasmó y a la que se dedicó con una entrega excepcional, *sin percibir retribución alguna*. ¡Y qué símbolo de dolor sería para él ver la Ciudad Universitaria transformada en campo de batalla desde noviembre de 1936! No hace muchos años un antiguo alumno suyo que le había seguido en la cátedra de Fisiología me mostraba las revistas alemanas (compradas por el doctor Negrín), agujereadas por las balas del enemigo). Y me decía entonces que el doctor Negrín era, en 1936, uno de los muy contados españoles que estaban preparados para comprender las complejísimas realidades europeas de aquellos años y el inmediato alcance transpirenaico de la contienda española. También era el doctor Negrín (en la primavera de 1936) uno de los escasos diputados socialistas que sabían cuán difícilmente podría transformarse la estructura social y la forma de vida nacional de un país como España. De ahí que creyera entonces que su amigo, el veterano socialista Indalecio Prieto, era el único candidato posible para la jefatura de un gobierno republicano empeñado en evitar un conflicto sangriento. Y después de la designación por el Presidente Azaña de Santiago Casares Quiroga para la presidencia del Consejo de Ministros —tras la negativa del PSOE a permitir que Prieto encabezara un gobierno— don Juan Negrín se esforzó por persuadir a algunos amigos de partidos de la derecha (e incluso de Falange) para que evitaran rompimientos irreparables. O puesto en brevísimas palabras: el doctor Negrín sabía que un intento revolucionario de la izquierda en España estaba condenado al fracaso o a una lucha sangrienta y prolongada de imprevisibles consecuencias. Porque la Europa de 1936 —sin olvidar la situación norteamericana desde 1929— ofrecía muy pocos favorables augurios para la Segunda República.

El doctor Negrín al iniciarse el conflicto de 1936 se encontraba así en un estado de ánimo casi contradictorio: el de participar con toda su

energía y toda su imaginación ejecutiva en una guerra que él había querido evitar. Otros destacados intelectuales españoles —entre los cuales había unos pocos que también se habían esforzado por impedir el conflicto— abandonaron España y en otras tierras continuaron sus trabajos científicos y humanistas. A algunos de ellos de hecho les facilitó Negrín la salida de la España republicana: y a uno de sus antiguos alumnos y colaboradores, el doctor Severo Ochoa, le ordenó, casi, que siguiera fuera de España su brillante carrera. Al ser nombrado Ministro de Hacienda —el 4 de septiembre de 1936 (nombramiento debido a la presión de Indalecio Prieto)— Negrín se rodeó inmediatamente de colaboradores procedentes de sus equipos de investigación científica, por ejemplo los doctores Blas Cabrera (hijo) y Rafael Méndez. E inmediatamente se puso en relación con amigos y colegas de otros países que podían ayudar en diversas formas a la Segunda República: uno de ellos el renombrado catedrático de Fisiología de la Universidad de Harvard profesor Walter Cannon, que organizó un importante equipo de ayuda sanitaria. Comprendió también el doctor Negrín, nada más ocupar el cargo de Ministro de Hacienda, que sus funciones, en tiempos de guerra, eran de vital importancia para la España republicana. Por una parte, tenía que proveer fondos al gobierno y a sus diferentes organismos, mas también debía cumplir todos los compromisos internacionales financieros contraídos por España antes de 1936. Todo ello equivalía a una urgente operación monetaria: la de contar con las indispensables divisas extranjeras. Esta necesidad de moneda foránea llevó a su vez al doctor Negrín a tomar dos medidas aparentemente inconexas: la primera, el control efectivo de las fronteras y los puertos de la zona republicana. La segunda —la más debatida y compleja— fue la conveniencia de utilizar las reservas de oro del Banco de España. Sobre este polémico asunto remito a las personas interesadas a los estudios y libros verdaderamente definitivos del profesor Ángel Viñas: baste decir que sus conclusiones muestran que

don Juan Negrín actuó como un gobernante responsable y consciente de su dificultoso papel histórico en aquellas circunstancias españolas e internacionales. Fue más sencillo para el doctor Negrín realizar la primera operación mencionada, la de las fronteras y puertos. Recordemos que las entidades sindicales anarquistas recibían cuantiosas cantidades de divisas mediante su control de la exportación de naranjas y otros agrios —cantidades que *no* eran entregadas al Ministerio de Hacienda. El doctor Negrín resolvió con rapidez los problemas creados por esa constante merma de divisas al ampliar y reforzar notablemente el Cuerpo de Carabineros —la fuerza armada dependiente del Ministerio de Hacienda—, cuya dirección encomendó al doctor Rafael Méndez, *residente* aquí muchos años y hoy ilustre farmacólogo del Instituto Nacional de Cardiología de México. En su libro *Caminos inversos: vivencias de ciencia y guerra* (1987), el doctor Méndez rememora los rasgos que quería imprimir al Cuerpo de Carabineros su antiguo maestro y ahora su superior gubernamental, el doctor Negrín:

«Debía ser un cuerpo combatiente leal al gobierno, sin contaminación política. La verdad era que tenía tinte socialista, alejado de todo posible contacto comunista. Su uniforme era verde. Los anarquistas y los comunistas les llamaban *la peste verde*. Y cuando crecieron en número y estaban en todos los frentes de operaciones los bautizaron como *los Cien Mil Hijos de Negrín*.»

El doctor Méndez añade: «No eran tantos, desafortunadamente». En una entrevista hace algunos años, me aseguró que don Juan Negrín le había ordenado que no dejara infiltrarse en el Cuerpo de Carabineros a ningún comunista, pensando en las necesidades del gobierno tras la eventual victoria en la guerra. Fue, sin duda, la extraordinaria eficacia de Negrín en Hacienda la que llevó al Presidente Azaña a confiarle la jefatura

del gobierno republicano tras la crisis planteada por los ministros comunistas a principios de mayo de 1937.

Aquel nombramiento de Negrín para la Presidencia del Consejo de Ministros fue explicado por don Manuel Azaña en su diario de *La Pobleña* en los siguientes términos:

«Me decidí a encargar del gobierno a Negrín. El público esperaba que fuese Prieto. Pero estaba mejor Prieto al frente de los ministerios militares reunidos, para los que, fuera de él, no había candidato posible. Y en la presidencia los altibajos del humor de Prieto, sus *repentes* podían ser un inconveniente. Me parecía más útil aprovechar en la presidencia la tranquila energía de Negrín».

Días más tarde continúa Azaña: «Negrín, poco conocido, joven aún, es inteligente, cultivado, conoce y comprende los problemas, sabe ordenar y relacionar las cuestiones». En verdad, el nombramiento de Negrín fue acogido con notable entusiasmo en la España republicana: residía yo entonces en Valencia y recuerdo cómo muchas personas —que habían padecido bajo el poder arbitrario y el desorden social de los anarquistas— sentían lo que el mismo Azaña anotaba: «La gente ha hecho ¡uf!», añadiendo: «Se espera del gobierno energía, voluntad de gobernar, restauración de los métodos normales en la vida pública, apabullamiento de la indisciplina». Y conviene recordar que fuera de España el nombramiento de Negrín fue acogido —especialmente en los Estados Unidos y en Francia— con marcado entusiasmo. Porque para los amigos de la Segunda República el doctor Negrín encarnaba mucho más que el propio Presidente Azaña el espíritu modernizador de España que representaba la generación de Ortega, la de 1914. Además, desde el 17 de mayo de 1937, el contraste entre las dos Españas bélicas cobró mayor simbolismo al compararse las dos cabezas directoras: el general *africanista*

Francisco Franco y el catedrático universitario e investigador científico Juan Negrín. Nacidos los dos el mismo año (1892) pertenecían a las caras totalmente opuestas de una misma generación española, la de 1914. Esto es, la de los universitarios europeizados (y europeizantes) y la de los militares que habían hecho sus rápidas carreras en las brutales campañas marroquíes, una actividad bélica anacrónica. El general Franco era, sin duda, el epítome de la rama militar de la generación de 1914 y el doctor Negrín, como ya apuntamos, era el español de su generación más normalmente europeo.

Retrasemos ahora la cronología de nuestro relato y acudamos al prodigioso ensayo de Ortega «Mirabeau o el político» (1927), que me parece particularmente útil para considerar la personalidad histórica de Juan Negrín. Y hasta me pregunto si don Juan no habrá recordado ese ensayo que seguramente leyó en su fecha de publicación; baste indicar que el doctor Negrín tenía en su despacho de Londres, durante la II Guerra Mundial, un busto de Mirabeau. Dejemos de lado algo que no por sorprendentemente cierto es significativo para nuestro propósito: la alusión que hace Ortega a la que llama «espléndida fisiología» de los grandes políticos, en contraste con la naturaleza generalmente enfermiza de los intelectuales. ¡Porque no hay duda de que el doctor Negrín era, además de fisiólogo, *una espléndida fisiología!* Aunque, como diría mi maestro Américo Castro, la leyenda fisiológica del doctor Negrín no es materia propiamente *historiable*. El fragmento del ensayo de Ortega sobre Mirabeau que es más pertinente para estas consideraciones es el siguiente:

«El intelectual no siente la necesidad de la acción. Al contrario: siente la acción como perturbación que conviene eludir, y, sólo, cuando es forzosa, a regañadientes y de mala manera, ejecutar».

Me aventuro a afirmar que muy pocos científicos aceptarían los términos definitorios de Ortega: porque particularmente el hombre de ciencia cuyas tareas diarias se realizan en un laboratorio tiene que estar tomando decisiones constantemente. Aunque muchos científicos, altamente especialistas, no estarían preparados para la complejísima labor del estadista. La política ha sido vista incluso como la gran enemiga psicológica de la ciencia: recuérdese lo que escribe Cajal en su famoso libro *Reglas y consejos para la investigación científica*. Mas, patentemente, el doctor Negrín era un hombre de temperamento resolutivo, en contraste con el ánimo dubitativo del Azaña de los años bélicos. Aunque no podemos decir que fuera Negrín un espíritu cerrado a la duda: adelantando ahora la cronología, consideraré muy brevemente la ponencia que el doctor Negrín presentó el 26 de septiembre de 1941 en el Congreso anual de la Asociación Británica para el Progreso de las Ciencias. El tema de la ponencia de Negrín fue «Ciencia y gobierno». Es quizás uno de los textos más reveladores de Juan Negrín, ya que en contraste con sus discursos de la guerra (que fueron redactados por sus colaboradores), este fue escrito directamente en inglés por él mismo. Y como siempre sucede en el estilo se transparenta la persona entera, el hombre verdadero. Indica el doctor Negrín que su ponencia era el resultado de una experiencia personal puesto que él se había visto obligado por las circunstancias españolas a ejercer funciones de gobernante que no había buscado. Para Negrín, además, los métodos y los objetivos de la ciencia y del gobierno son muy diferentes, aunque no cree (como Ortega) que sean mutuamente excluyentes. Un gran estadista padece casi siempre, señala Negrín, una deformación profesional: y así, si es de ánimo resolutivo puede desdeñar la cautela y la moderación. De ahí que los hábitos mentales del científico constituyan entonces un indispensable contrapeso, en ese caso, porque se cifran finalmente en la duda. Por supuesto, añade Negrín, la característica principal del estadista es la fe en sí mismo, pero sin una fuerte dosis de

duda, su fe le llevaría a un ciego y dañino dogmatismo. En suma, Negrín esbozó, en cierto grado, un autorretrato. No cabe dudar, por otra parte, que la enormidad de la catástrofe de 1936 —que tanto perturbaba a una cabeza como la de Azaña— era mucho más comprensible para un hombre acostumbrado, como el doctor Negrín, a observar la realidad de la vida humana, con todos sus misterios biológicos y sus dolores incoercibles.

Si volvemos ahora a la primavera de 1937, cuando el doctor Negrín asumió la jefatura del gobierno republicano, notamos de inmediato un cambio en el ámbito gubernamental: la capacidad intelectual del nuevo Presidente del Consejo de Ministros correspondía por fin a la complejidad nacional e internacional de la guerra española. Sin olvidar el hondo sentimiento patriótico de Juan Negrín. Un informe del agregado militar francés, el teniente coronel Morel, fechado el 28 de abril de 1938, es particularmente revelador de la disposición anímica del doctor Negrín en un momento muy grave para los defensores de la Segunda República. Señalemos que el teniente coronel Morel, como muchos oficiales franceses, era de familia monárquica y de un patriotismo acendrado y que había dicho al jefe del gobierno francés: «si hubiera hoy un rey en Francia no dudaría un instante en ayudar militarmente a la República española». Morel fue invitado con otros agregados militares a almorzar con el doctor Negrín en su nueva calidad de Ministro de Defensa el 21 de abril de 1938. Señala Morel en el informe a su gobierno que fue sentado junto al doctor Negrín y que dadas las dimensiones de la mesa la conversación se limitaba al comensal inmediato. Además el que hablaran en francés protegía la franqueza de los dos amigos. Indicaba también Morel en su informe que decir que Negrín era inteligente no bastaba: le parecía el único político español (entre los numerosos que había conocido) capaz de muy valiente lucidez. Tras referirse a todos sus esfuerzos en aquella sombría primavera de 1938 —recordemos que un mes antes, el 12 de marzo, Hitler había ocupado Austria— decía Negrín según la transcripción de Morel:

«Si esta guerra fuera meramente española seguramente haría lo mismo que hago. Pero no me apasionaría tanto. Hay valientes y canallas en los dos lados de la contienda. En 1936 escogí mi bando instintivamente. Pero tenía mis dudas, porque soy un hombre de orden. Usted ha visto el Madrid de 1936: para un profesor universitario no era un espectáculo agradable. Ahora sé muy bien lo que defiendo. Es, simplemente, una manera de pensar, de vivir. No conozco a Franco, ni le odio. Pero ahí están los italianos, los alemanes».

Y haciendo un leve gesto hacia los agregados militares soviéticos, el doctor Negrín añadía: «Esos son también peligrosos, pero los necesitamos ahora». Autores de diferentes ideologías —pero sobre todo de la extrema izquierda anticomunista y de la ultraderecha— siguen repitiendo que el doctor Negrín era un servidor de los comunistas españoles y un instrumento de la Unión Soviética: hay incluso quien ha llamado recientemente a la esposa del doctor Negrín una mujer «soviética», cuando pertenecía a la alta burguesía judía de la Rusia anterior a la Revolución, que le haría permanecer ya para siempre fuera de su patria. No voy ahora a refutar tales simplificaciones partidistas que muestran, por supuesto, un completo desconocimiento de la acusada singularidad histórica del doctor Negrín. Baste acudir a lo que apuntaba al principio de estas consideraciones, los artículos de don Juan Negrín en la edición europea del *Herald Tribune* de 1948.

Negrín estaba en la primavera de aquel año en África del Norte —Argelia y Marruecos— en un viaje privado. El día 1 de abril, desde Argel, escribió Negrín a Ramón Lamonedá, que en nombre de la facción del PSOE llamada «negrinista» le había pedido que retirara los artículos aludidos. Negrín señala a Lamonedá que es demasiado tarde, pues probablemente se habrían publicado ya los artículos, como de hecho sucedió. Mas de todos

modos observa Negrín: «yo discrepo de usted». Negrín escribe a vuela pluma la carta a Lamonedá, sin guardar copia, en la cual repite la tesis principal expuesta en el *Herald Tribune*, pero con una variante muy esclarecedora de su actitud respecto a la Unión Soviética. Lamonedá había expresado, en la carta que contesta Negrín el 1 de abril, su preocupación sobre la que sería reacción previsiblemente muy adversa de los que él llama «los amigos» ante lo propuesto por Negrín. Lamonedá se refería a los soviéticos, que habían rechazado el Plan Marshall como una maniobra puramente estratégica de los Estados Unidos. Los temores de Lamonedá motivaron la siguiente respuesta de Negrín:

«¿Que los rusos por las razones que sean no han querido participar en el Plan y se oponen a él? Pues bien, yo creo que han cometido una tontería, pero yo no tengo ningún compromiso que me obligue a seguirles en sus errores».

Y Negrín precisa: «Desde 1936 hemos coincidido en muchos objetivos fundamentales, pero ellos saben (porque he cuidado muy bien de que se enteren) de que nuestras últimas finalidades y nuestras concepciones políticas eran distintas, en muchas ocasiones opuestas». Reitera Negrín: «creo conveniente hacer pública mi manera de ver, ya que desde 1945 no tengo la posibilidad de un contacto casi diario que me permita discutir con ellos y dejar bien definidos mis puntos de vista, muchas, quizás las más de las veces, no idénticos». Señalemos de paso que Negrín residió en Londres desde junio de 1940 y que veía con regularidad (como jefe del gobierno republicano español en el exilio) al Embajador soviético ante los gobiernos allí refugiados de los países europeos ocupados por los nazis. En una segunda carta a Lamonedá —fecha da en Marrakech el 16 de abril de 1948— Negrín le advierte que para él lo fundamental de sus artículos es «no estar dispuesto a contribuir a que mi país se hunda por luchas de

taifas». Recordemos que desde 1945 don Juan Negrín había dejado de ser jefe del gobierno republicano en el exilio. Y señala Negrín una vez más que la exclusión de España del Plan Marshall es, ante todo, una monstruosidad legal, y se pregunta: «¿Tiene esto la misión de infligir a España, al país y al pueblo, un castigo que no se ha impuesto a países culpables de una guerra criminal?» (O sea, Alemania e Italia). Negrín responde también a la objeción de Lamonedada que conjetura la actitud que tomarán los republicanos españoles exiliados y sus amigos en los Estados Unidos: «La afirmación de que la ayuda económica a España refuerza al régimen es un cebo para inocentes supersensibles». En la respuesta a Lamonedada, ya citada, del 1 de abril de 1948, Negrín había sido más coloquial y terminante:

«¿Que eso va a ayudar a Franco? Mire usted, Lamonedada, eso son pamplinas. Ni con el Plan Marshall se le mantiene, ni sin el Plan Marshall se le echa».

Negrín adelanta el tema de los dos artículos siguientes: «soñar con la restauración de la República a través del hambre y del empobrecimiento de España es un error». Y efectivamente, en el segundo de los artículos del *Herald Tribune*, del 2 de abril de 1948, decía Negrín que para él la exclusión de España del Plan Marshall representaba un doble error: en primer lugar sería causa del aumento de los graves sufrimientos padecidos por el pueblo español desde el final de la guerra civil, y en segundo lugar fortalecería a la dictadura caudillista. Negrín señalaba también que él se había opuesto siempre al empleo de fuerzas extranjeras (dándole a la palabra «fuerza» una amplia acepción) para restaurar la República en España. Mas Negrín —temiendo con razón que se le pudiera interpretar mal— ofreció en su tercer artículo el reverso de la moneda.

Para Negrín la exclusión del régimen caudillista sí es obligatoria en el terreno político: «afirmo que la España de Franco debe permanecer fuera de la Unión Europea». Y esto no está en contradicción con lo solicitado por Negrín respecto al Plan Marshall. No obstante, Negrín aplica aquí también la distinción apuntada —«contra el régimen caudillista, todo, contra España, nada»— al pedir que no se siga excluyendo a España de ciertas reuniones internacionales de tipo técnico, por ejemplo, de correos, radio, aviación, etc. Y Negrín escribe:

«Esto va en contra de los intereses del país. Irrita a los servicios del gobierno en cuestión: la mayoría de éstos no tienen nada que ver con el actual régimen o son incluso contrarios a él.»

De ahí, añade Negrín en forma muy directa: «Esto hace que millones de españoles sientan la ofensa y yo personalmente he sido uno de ellos». Tal actitud hizo que muchos exiliados españoles —y también muchas personas amigas de los republicanos españoles en muchos países— consideraran a Negrín punto menos que un traidor. O como decía el periódico comunista *Mundo Obrero*, el 15 de abril de 1948: «Negrín ayuda al régimen franquista al proponer que éste sea incluido en el Plan Marshall». Negrín se indignaría (¿o se sonreiría?) al constatar cómo se falseaba lo que él había propuesto a través del *Herald Tribune*, puesto que se trataba de lo que se llama en inglés «*a package deal*» —un convenio con condiciones inseparables. En el tercer artículo ya citado, 3 de abril de 1948, escribía Negrín: «Las instituciones de la República de España deben ser reconocidas al mismo tiempo que la admisión de España en el Plan de Reconstrucción Europea». Es más, mantenía Negrín, «el gobierno de la República española debería ser proclamado el gobierno *de jure*». Negrín permaneció en París hasta los días de la catástrofe de junio de 1940. Acudió rápidamente a los lugares donde se encontraban los políticos

españoles que corrían más peligro: Largo Caballero y Azaña. Ninguno de los dos aceptó su invitación a acompañarle a Londres. Corrió a Burdeos y al encontrarse en el muelle la patética figura de Casares Quiroga, Juan Negrín lo invitó a su barco y luego lo alojó en su casa de Inglaterra durante toda la guerra. En la capital inglesa Juan Negrín pasó todos los años de la magna contienda considerándose como el Presidente del gobierno español en el exilio. Uno de sus colaboradores en Londres, el historiador socialista Antonio Ramos Oliveira, me dijo que él le reprochó que no hiciera más «política» entre los exiliados antes del final de la guerra. Esto significaba que Negrín habría de trasladarse a México, pero no quería abandonar ni por una breve temporada la capital inglesa, por una firme razón: quería Negrín que quedara bien patente que él estaba totalmente identificado con la Inglaterra que luchaba por las libertades democráticas. Finalmente, al término de la guerra europea fue a México en agosto de 1945: recordemos que se trasladó a la capital mexicana para restaurar simbólicamente las instituciones republicanas, esperando también que se refrendara la legalidad de su gobierno, obteniendo así el reconocimiento inmediato del gobierno francés presidido por el general De Gaulle. Mas el nuevo gobierno republicano en el exilio no fue, finalmente, presidido por el doctor Negrín y Francia retiró automáticamente su promesa de reconocimiento.

Juan Negrín cesó su actividad política tras la publicación de los artículos citados de 1948. Y en la capital francesa residió hasta su muerte el 12 de noviembre de 1956, a los sesenta y cuatro años. Pidió que en su tumba no figurara su nombre, prediciendo así sin sospecharlo, lo que ha sucedido en su patria y en el mismo partido al que perteneció, el PSOE: el *ninguneo retrospectivo* (para decirlo a la mexicana) de Juan Negrín. ¿Pero cabe seguir repitiendo, sobre Negrín y los soviéticos, o sobre Negrín y los comunistas, las falsedades con que se ha pretendido oscurecer su excepcional figura? Esperemos que pronto pueda la España actual recuperar la verdadera imagen de Juan Negrín: porque, después de todo,

si hoy hay democracia en España, es porque ayer hubo hombres y mujeres que dieron su vida por la libertad. Me es muy grato, de nuevo, agradecer a la Residencia de Estudiantes, antigua morada científica de don Juan Negrín, que me haya dado la oportunidad de ocuparme de algunos aspectos de su significación en la historia de España. Y quiero también agradecer a ustedes su compañía alentadora en esta sala los cuatro martes de abril.